

CAMOTE

> literatura + arte



número 1
agosto 21



CAMOTE

> literatura + arte



En este número:

Ulises Albornoz Raptis | Ana Barros | Myriam Bonilla | Hernán Carbonel | Lara Carrara | Nazarena Catalano | Marina Chediak | Gerardo Curiá | Jorgelina Escudero | Adriana Gaido | Rolando Galante | Rocío García | Silvia García | Alejandro Gómez Monzón | Mache González | Francisco Ledesma | Emanuel Maffioly | Melina Mendoza | Charly Olivera | Laura Raptis | Diego Eduardo Rodríguez | Camila Rotundo | Pablo Secchi | Marina Seery | Román Solsona | Gonzalo Sueiro | María Taurizano | Juan Manuel Terré | Susana Tosso

Edición

Emilce Acuña

Andrés Albornoz

Luciana Baca

Arte y diseño gráfico

Laura Raptis

Ilustración de tapa y retiración

Mache González

Agradecimientos

A quienes, con inmensa generosidad, nos permitieron publicar sus obras, ya que sin ellas no sería posible esta revista. A Chichí Tosso, María Taurizano, Marina Chediak y Gerardo Curiá, que nos recibieron cálidamente y nos proporcionaron mucho material. A María Virginia González y a Fernanda García Curten por la ayuda que nos brindaron con la entrevista a Chichí Tosso. Y agradecemos también a quienes difunden la revista a través de las redes sociales y nos demuestran su apoyo.

Créditos fotográficos

Pág. 40. Siskini~commonswiki CC BY-SA 3.0. Extraída de: <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Mage-Ilanicamacho.jpg>

Pág. 62. Fotografía de Basilia Oberti. Dominio público. Extraída de: <https://www.facebook.com/photo/?fbid=10223404920504095&set=pcb.4300892236597129>

Pág. 66. Delgadísima hebra. Cortesía de Fernanda García Curten.

Pág. 69. Fotografía de Chichí dando clases. Cortesía de Fernanda García Curten.

Pág. 72. Fotografía de Chichí. Cortesía de Fernanda García Curten.

Pág. 73. Fotografía de la puerta de Edna. Cortesía de María Taurizano.

Pág. 77. Fotografía de Fernando García Curten, Chichí y María Taurizano. Cortesía de María Taurizano.

Pág. 88. Nicolas Solop CC BY-NC-SA 2.0. Extraída de: <https://www.flickr.com/photos/nsolop/25481519590>

Pág. 106. Fotografía de pelota de fútbol. Equipo camote.

Pág. 126. El faro de la colonia. Dominio público.

Pág. 132. Fotografía de Alan Moore. Matt Biddulph CC BY-SA 2.0. Extraída de: https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Alan_Moore_at_the_ICA_on_June_2nd_2009.jpg

La tipografía usada en esta revista es DejaVu. <https://dejavu-fonts.github.io/License.html>

¿Te gustaría ser parte del próximo número de Camote?

Más información en <https://camote.com.ar/participa.html>

www.camote.com.ar | info@camote.com.ar | Facebook: revistacamote | Instagram: revistacamote

© Camote, 2021. Los derechos de autor de las obras publicadas en este número pertenecen a los autores, quienes nos autorizaron a publicarlas.

Índice

| | |
|---|-----|
| Editorial..... | 4 |
| Mantra, de Hernán Carbonel..... | 10 |
| Poemas, de Pablo Secchi..... | 18 |
| Puntos de vista, de Camila Rotundo..... | 30 |
| Siesta y otros poemas, de Alejandro Gómez Monzón..... | 34 |
| Cuadro de invierno, de Jorgelina Escudero..... | 39 |
| Cabecitas, de Juan Manuel Terré | 40 |
| Huele a encierro, de Nazarena Catalano..... | 48 |
| Lara Carrara..... | 52 |
| Desde el río calmo. Entrevista a Chichí Tosso | 60 |
| Chichí. La mirada de María Taurizano | 73 |
| San Pedro no sabe lo que tiene. Entrevista a Marina Chediak | 81 |
| No le teme a la incisión y canta. Susana Tosso por Gerardo Curiá..... | 84 |
| Poemas, de Susana Tosso | 85 |
| Zdrada Słowa, de Adriana Gaido..... | 88 |
| Vagido y otros poemas, de Rolo Galante..... | 96 |
| Papelitos, de Silvia García | 104 |
| Poesía y prosa, de Melina Mendoza | 106 |
| Patio, de Román Solsona..... | 115 |
| Poemas, de Gerardo Curiá | 116 |
| Buhopresor, de Charly Olivera | 120 |
| Los poetas de Babel, de Emanuel Maffioly | 122 |
| Poema, de Marina Seery | 125 |
| El faro de la colonia, de Diego Rodríguez..... | 126 |
| Alan Moore, el traficante, de Gonzalo Sueiro | 132 |
| Biografías | 137 |





Editorial

Cada lugar, cada época, cada generación, incluso cada persona tiene su manera particular de insultar o dejar de insultar a los otros. Si la identidad se construye en la interacción con los demás, entonces se construye también puteando. Y en esta tierra donde hay camotes y no batatas, existe una forma singular de racismo: el negro camotero y la negra camotera.

Así como la ciudad tiene sus negros villeros; esta parte del campo tiene sus negros camoteros. Hombres y mujeres cosechando camotes con sus manos, los chirridos de los teros alrededor, la mirada impasible de los chimbangos posados en algún poste. Y al otro día lo mismo, y al día siguiente igual y quizás un día más, y luego nada. El trabajo temporal, la pobreza,

otra vez como insultos. Porque el que insulta no está allí, está del otro lado de la palabra. Pero a fin de cuentas siempre es lo mismo: la pobreza hecha raza, la raza hecha muro, la voz que no atraviesa, todos unos negros de mierda.

No es fácil hallar en internet referencias a los negros camoteros o a las negras camoteras. La primera mención que encontramos es de la *Crónica de la Provincia de la Visitación de Ntra. Sra. de la Merced, redención de cautivos de la Nueva España... escrita en 1688*. Allí se relata cómo el demonio se transforma en negra camotera para tentar a Fr. Juan:

...como sucedió en una ocasión que saliendo Fr. Juan de la celda al dormitorio, donde estaban algunos religiosos, se transformó el demonio en una negra con un cesto en la cabeza, como andan ordinariamente en esta ciudad vendiendo algunas golosinas, y pasó casi pegándose a Fr. Juan, y diciendo como las dichas vendedoras, quiere camotes, y así que lo vio y oyó Fr. Juan, admirado de ver en el dormitorio de un convento semejante visión, conoció quién era y poniéndole la cruz le dijo: vete de aquí, enemigo de Dios, y le fue dando azotes con el cinto, y como los demás religiosos no lo

habían visto aunque pasó cerca de ellos, se llegaron a Fr. Juan, “qué es eso Padre, parece que ha perdido el juicio”; a que el santo varón les dijo: pues padres, ¿no han visto esa negra camotera que pasó por donde V. Ras. estaban? Yo la he ido azotando con el cinto para echarla y ya se fue; los religiosos, como no habían visto tal negra, y lo vieron a él con la demostración de ir Fr. Juan azotando y hablando con más viveza de la que él gastaba, conocieron que era el demonio que se había aparecido a Fr. Juan para tentarlo.¹

El diablo, entonces, es una negra con un cesto en la cabeza, ofreciendo el cuerpo del demonio, el camote hecho golosina. Alguien a quien azotar con el cinto sin remordimientos, colonialmente. Y, sin embargo, Fr. Juan queda admirado ante semejante visión. El encuentro en un convento entre un fraile y una negra camotera, visible solo selectivamente, resulta tan *bello como el encuentro fortuito entre una máquina de coser y un paraguas sobre una mesa de disección*².

La siguiente mención es de una obra de 1689, solo un año después, en lo que, sin dudas, debió haber pasado a la historia como el bienio de los camoteros. Se trata de un poema de Sor Juana Inés de la Cruz en el que,

1 Consultado en <https://bit.ly/3m1vLdz>

2 Conde de Lautréamont, Los cantos de Maldoror, Canto VI.

después de que alguien canta una "letrilla en latín", otro, a quien ya no el demonio, sino Dios mismo lo transformará en "guineo" (¡qué manía la de estos seres espirituales de transformarse y transformar a otros en camoteros y camoteras!), le responde:

Bueno está el latín, mas yo
de la ensalada, os prometo,
que lo que es deste bocado,
lo que soy yo, ayuno quedo.
Y para darme un hartazgo,
como un negro camotero
quiero cantar, que al fin es
cosa que gusto y entiendo;
pero me han de ayudar todos.³

Ayuno de latín y hartazgo de cantos de negros camoteros: nada que resulte extraño, análogamente, a la apropiación jocosa en la cumbia villera. *Las palmas, los negros que les cabe la joda. Las palmas, las pibas que les cabe la joda. Y si te cabe, repiola.*⁴

Después de Sor Juana, hay en internet unos trescientos años de silencio, una época oscura para los negros camoteros y las negras camoteras.

3 Consultado en <https://bit.ly/3CN5Jkj>

4 Fragmento de la canción "Ya llegó" de Repiola.

Trescientos años transformándose subrepticiamente para emerger, dónde más, sino en San Pedro. Curiosamente, la única referencia que encontramos en internet al “negro camotero” como insulto nos habla de una apropiación, rara y emocionante, en las tribunas de una cancha de fútbol de la Liga Sampedrina, antes de 1950.

El clásico Las Palmeras vs La Celina eran tan raro y emocionante, que gritarse ‘negro camotero’ no ofendía a hinchas de ninguno de los dos, incluso, cuando se pronunciaba, del otro lado surgía un ‘igual que vos’.⁵

La palabra invertida, la alegría de reconocerse en el espejo, el momento exacto en que el arquero detiene la pelota entre sus manos, la resiste y la lanza. Y después ya nada puede ser lo mismo. El sentido se reinventa en cada pelotazo. Cosas que tienen las palabras, tan materiales que hacen muros, que escriben en los muros, que pasan de un lado al otro como fantasmas, que se reflejan en los ladrillos desnudos y se ven a sí mismas bien bonitas.

¿Qué hacer entonces con esta ensalada? Nosotros quisiéramos volver a la escena del primer editorial, cuando el tractor ya ha pasado removiendo la tierra y llegan los camoteros y las camoteras para juntar a mano los

5 Consultado en <https://bit.ly/3m6u1zR>

camotes de entre la tierra removida. Transformados y transformadas por dioses o demonios, o simplemente trabajando para poder comer algo, cantando cumbias o en silencio, indiferentes o no a los teros que revolotean, de un lado o del otro de la palabra. Y luego se van. Se van los tractores, se van los teros, se van los chimangos, se van los camoteros y las camoteras. Si Kafka hubiera sido nuestro vecino, quizás diría que quedan solo los camotes, inexplicables. Si te caben, repiola.

CΛMOTE

Mantra

Hernán Carbonel

> Fotografía: Hernán Carbonel

Estoy triste.
Estoy aburrido.
Estoy desorientado.

Y está por amanecer.

Quiero decir. ¿A qué vine acá? No recuerdo a qué vine. ¿Alguna vez lo supe? Vos, ¿lo sabés? ¿Vos estabas acá desde antes o recién llegás? ¿Cuándo empezó todo esto? Si recién está por salir el sol.

Varados en un cruce de caminos, así es como estamos. ¿Hacia dónde van? Los caminos, digo. Uno, a Vaca Muerta. ¿Conocés Vaca Muerta? Otro, hacia la alcaldía de Valparaíso, Chile, las montañas. Otro termina en la capilla anglicana de un pueblito perdido en el medio de la nada. El otro pasa por la casa de una tía paralítica que vive en Choele Choel. La tía Nené. Está acá, ¿ves? Marcado en el mapa con diferentes colores. Rojo, azul, verde, negro. ¿De dónde saqué el mapa? Tampoco me acuerdo. Tal vez por eso esté triste, aburrido, desorientado.

Sucio estoy. Lo único que siento en el cuerpo es el polvo, el polvo que se mete por las botamangas del pantalón, los puños de la camisa, el cueillo del saco, la cintura. Por los ojos, por la nariz, por la boca, por las orejas

se mete el polvo. Mirá lo que son esos caminos. Polvo puro. Como si una máquina infernal hubiese triturado el suelo hasta descomponerlo en trillones de partículas para que no nos quede otra que respirarlo. Respirar. Espantar las nubes a manotazos. El viento. Ruido. Shhh. Escuchá. Shhh. El viento mueve al mundo. Es tan fuerte el viento que podría nacer acá nomás, a 500 metros, al otro lado del alambrado. Polvo. Viento.

No recuerdo tanto polvo y viento desde la Guerra del Cáucaso (1817-1864). Etnias, pueblos, regiones, repúblicas, lenguas: muridas, sufíes, adigué, abjasios, ubijos, circasianos. Sucedió en una de esas tantas batallas. Avancé ciego sobre las líneas enemigas. Me golpearon y derribaron del caballo, me puse de pie y corrí, corrí hasta sentir el ardor en el hombro: una espada me cortó al ras el brazo izquierdo. Seguí adelante, sin detenerme. Minutos después el ardor se reprodujo bajo la ingle: vi caer al piso mi pierna derecha. A los saltos, rebotando en una pierna, intenté mantener el equilibrio y fui en busca de la sangre de mis enemigos. Maté, herí, decapité. En otro avance, primero me tocó perder el brazo derecho y la espada que llevaba en él, y después, la segunda pierna. Rodé por el piso. Sentí cómo un sablazo separaba mi cabeza del torso. Esperé, esperé pacientemente. Y antes de desangrarme, busqué con la boca el garrón de un caballo y no cerré los ojos hasta ver caer al jinete enemigo, al que me comí segundos antes de dejar de respirar.

Respirar, respiro. Todavía. Y eso que no amaneció. No debe faltar mucho para que amanezca. Pero estoy triste. Aburrido. Desorientado, estoy.

¿Cómo llegué hasta acá? Si siempre viajé en el asiento del acompañante. Nunca fui de los que manejan. Cuando manejás, la ruta es roja o verde. Cuando vas de acompañante, es azul o negra. Cuando vas de acompañante podés tomar champagne, afeitarte, oír el ruido del viento. Hasta suicidarte, podés. Uno no se suicida cuando va manejando. ¿Habrá sido por alguno de estos cuatro caminos que llegué hasta acá, o por un quinto? ¿Existe ese quinto camino? ¿Adónde vamos? ¿Vos sabés?

Hay un gran vacío ahora, un hueco gigante hecho de polvo y cielo donde las palabras rebotan y se pierden. Una grieta por la que cayeron todos aquellos a los que conocimos, y un día, inesperadamente, también vos y yo vamos a caer. Las luces del mundo, el canto de los pájaros, el algoritmo que regula la rotación de la Tierra, todo va a caer en esa grieta. Ese inútil gesto de ordenar la existencia que tenemos. Acordate de lo que te digo. Vos no me escuchás, pero acordate. En un rato va a amanecer.

En fin...

Esto no es de ahora. Cuando era chico quería nacer, tener mamá, tener papá, amigos, ir a la escuela, a la universidad, recibirme, formar una familia igual a la que tenían mamá y papá. Pero no pude. Entonces me suicidé. Lo recuerdo. Fue un martes de lluvia. Le robé el revólver a un primo lejano que era policía y corrí y corrí hasta casa sin que nadie me viera. Entré. Cerré la puerta. Apoyé el revólver, acá, en esta parte de la cabeza. Medité acerca de la trascendencia de la decisión que estaba por tomar, y apreté. ¡Pum! No lo sufrí. Para nada. No te miento. No lo sufrí. Porque en el pre-

ciso instante en que apreté el gatillo, me convertí en la bala que entraba en mi cabeza. Y ahí sí, al fin, pude verme por dentro. Desde adentro. Fue hermoso. Yo no me había suicidado antes. No tenía precedentes. Yo no me quería morir. Me corrijo. Yo me quería suicidar, pero no me quería morir. Como muchos. Unos mueren porque creen que no vale la pena estar de este lado. Otros se hacen matar, como en la Guerra del Cáucaso. La razón para estar de este lado a veces se convierte en la misma razón para estar del otro. Lo difícil es confesar que no comprendemos esas razones. No sé si se entiende. No es fácil de explicar.

Es como explicar que amanezca. ¿Cómo se explica un amanecer? ¿Que salga el sol es un hecho explicable? No debe faltar mucho para que amanezca. Y me aburro, y estoy triste, desorientado. ¿Cuándo empezó todo esto? ¿Estar acá es estar acá o del otro lado? ¿Qué es estar acá, cuál es el otro lado? ¿Qué forma tiene un signo de pregunta?

Ese estúpido gesto de ordenar la existencia.

Rojo. Vaca Muerta. Formación geológica de petróleo y gas de 30.000 kilómetros cuadrados situado en la cuenca neuquina. Azul. Valparaíso, Chile. Ciudad, comuna, puerto, capital de la provincia y Región de Valparaíso. Población: 300.000 habitantes incluida su área metropolitana. Verde. Pueblito perdido en medio de la nada. Anglicana: tercera comunidad cristiana más grande del mundo tras la iglesia católica y la ortodoxa. Negro: mi tía paralítica. No recuerdo el origen de la parálisis de tía Nené, sí que todos los febreros nos reuníamos en su casa de Choele Choel para

su cumpleaños. La familia entera: el borracho, el oscuro, el incordioso, el hurao, el gay, el chino, la gorda, el desconocido que siempre le falta el respeto al gay, al chino, a la gorda. La queríamos. Todos queríamos a tía Nené. Eso sí lo recuerdo. ¿Cómo era tía Nené? ¿Vos la conociste? Siempre contaba lo mismo tía Nené: la fuga de Ecuador. Así lo llamaba ella. La fuga de Ecuador. La habían metido presa en el límite entre Perú y Ecuador por narcotráfico. Hubo un motín en la cárcel. Tía aprovechó el caos y empezó a correr sosteniéndose con su única pierna y una muleta que había improvisado con las patas de una mesa y un pedazo de elástico. Cruzó la frontera y logró escapar. Terminó trabajando como guía de turistas en el Cuzco. Un día dejó el narcotráfico, el turismo y volvió a Choele Choel. Ahora tiene una despensa. "Despensa Nené". Mi tía. El cuzco.

El cuzco no existe.

En fin...

Ya ni sustos nos quedan. Acá estamos. Solos, tristes, aburridos. El sol no sale y vos no me escuchás. No me mientas, yo sé que no me escuchás.

Solo. Ahora recuerdo por qué estoy solo. Yo tenía una novia. Nubla. Así se llamaba. Era una chica etérea, volátil. Flotaba como una masa de aire flota en el aire. No sé si me explico. No es fácil. Ella también era hija del viento. Shhh. Nubla me dejó por otro señor: pulcro y aristocrático, apuesto y maduro, reservado y biempensante. Se casaron y se fueron a vivir a Noruega. Me las ingené para entrar a escondidas a la fiesta de casamiento. Salté una cerca electrificada y atravesé un ligustro con espinas. Tenía

puesto este mismo traje. Me instalé en la barra, saludé a un par de desconocidos, bebí unos tragos, aplaudí, los vi besarse felices. Quise bailar el vals, pero no me dejaron. Así que, al final de la noche, comí torta, lloré a mares y me fui.

Esa misma noche conocí a Demetrio. Demetrio también venía de quedar viudo. Viudo, soltero, no importa, es lo mismo. No es fácil de explicar. Hablamos acerca de qué era lo más extraño que nos había sucedido en la vida. "¿Qué es lo más extraño que te ha sucedido en la vida?" preguntaba yo. "Ver correr a Dios sobre las olas del mar", me decía él, "Necochea. 14 de enero de 1989. Cielo semicubierto. Viento del nornoroeste a 44 kilómetros por hora", decía Demetrio, "¿y a vos?". "Raspar dos piedras y reproducir el fuego, cortar una rodaja de árbol e inventar la rueda", decía yo, y volvía a preguntar lo mismo. Qué era lo más extraño que le había sucedido en la vida. "Trabajar para la mafia", decía Demetrio, "mataba una persona por semana. Al poco tiempo logré matar a dos personas por semana y tomarme una semana de descanso. Al fin pude matar uno por día; llegué a tener casi dos meses de vacaciones. ¿Y a vos?", me preguntaba él, "qué es lo más extraño que te ha sucedido en la vida?". "Soñar conmigo" decía yo. Y así. Al amanecer hicimos una apuesta. Tiraríamos dardos al corazón de una ballena. El primero que errase, perdería. Eso le daba al otro la posibilidad de dar una orden. Cualquier orden. Quiero decir, una orden cualquiera. Pero esa orden sería para siempre. Eterna. Perpetua. Permanente. Perenne. Inacabable. Inextinguible. Ganó Demetrio. Y Deme-

trio me ordenó que cada mañana, después de desayunar, me afeitara al ras. Acaté la orden. Hace años que carezco de noticias de Demetrio –unos dicen que se suicidó; otros, que se fue a vivir a Noruega–, pero todas las mañanas, después de lavarme los dientes, peinarme y desayunar, me afeito. Afeitarse. Ese inútil gesto de ordenar la existencia.

Pero ni mi Nubla, ni Demetrio, ni nadie sabe que estoy acá. ¿Vos sabés dónde estamos? Solos. Tristes. Aburridos. Desorientados. Así es como estamos. Esperando que amanezca. Para allá, un camino de polvo y nada. Para allá, otro camino. Otro camino de polvo y nada. Igual para allá. Igual para allá. No me gusta el olor a vaca muerta, Valparaíso queda lejos, no sé qué carajo es la iglesia anglicana y a mi tía ya no la quiero como antes. ¿A dónde van estos caminos? ¿A qué vine acá? ¿Alguna vez lo supe? ¿Cuándo empezó todo esto?

¿Me escuchás?

Vos, ¿a qué viniste?





► Ilustración: Rocío García

Poemas

Pablo Secchi

no solo está en nuestro país
está en nuestra provincia
nuestra ciudad
nuestro barrio
está en la esquina de nuestra casa
en nuestra puerta
metida en el televisor
sentada en nuestra mesa
en nuestros ojos está
en nuestra mente
no está en nuestro corazón
en nuestra alma no está
y digo alma y corazón
pero quiero decir
abrazo
y pan
y soledades plurales
y miedo
sí
miedo a seguir compartiendo
esta gigantesca soledad





► Ilustración: Rocío García

Me despertó el ruido en la madrugada
estaban golpeando afuera
reclamando insistentemente entrar
creí que debía asustarme
pero no
abrí el techo
(lo había olvidado)
era la lluvia





➤ Ilustración: Rocío García



atardece y veo los carizales altos
desde la lomita donde está el rancho
mientras van dejándose trepar violeta los ojos
despacio
imagino lo que hay detrás
el río que se siente en la frente
los camalotales que se suben a la orilla
mezclándose con la Lucera
por el agua un poco crecida
las garzas buscando
los sauces nuevos del otro lado
donde hacen golpear las varillas de los juncos
los sábalos grandes
desde acá
se escuchan
chasqueando el vidrio marrón más frágil
estoy solo y quiero decirles todo
abrir la palma de mi mano
y mostrarles lo inmenso
compartirles el alma llena
como una lunita de hogaza
no sé en qué lugar queda
pero busquen estas islas
yo intento intento
pero no toda poesía tiene palabra
ni toda palabra tiene poesía



► Ilustración: Rocío García

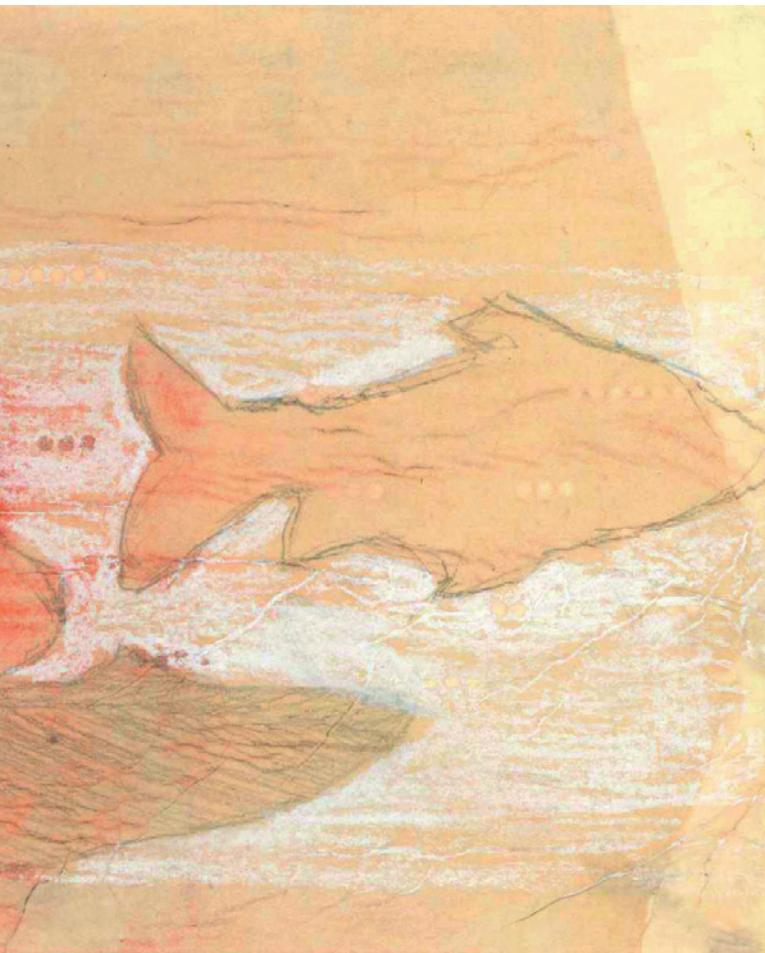


cuando empecé a trabajar de albañil
hice familia con algunos pájaros
y vi en el primer ladrillo una rodaja de pan
todo me sorprendía entonces
multiplicar lombrices
conocer la ternura del cemento
para quitar la intemperie de los amigos
y aprender a elegir dónde van algunas sombras
desde allá
se ha gastado un poco la luz
pero todavía conservo el instinto
del tejedor de cunas
y ese niño debajo de la corteza
que se sigue emocionando
si florecen las cabezas de los cortafierros
a fuerza de darle mazazos





➤ Ilustración: Rocío García



golpea
muerde
lame
acaricia
como sea
el agua
esculpe
el barro
la orilla
todos tenemos la forma
de las palabras
que nos navegan
nunca nunca
voy a hablar
de la poesía





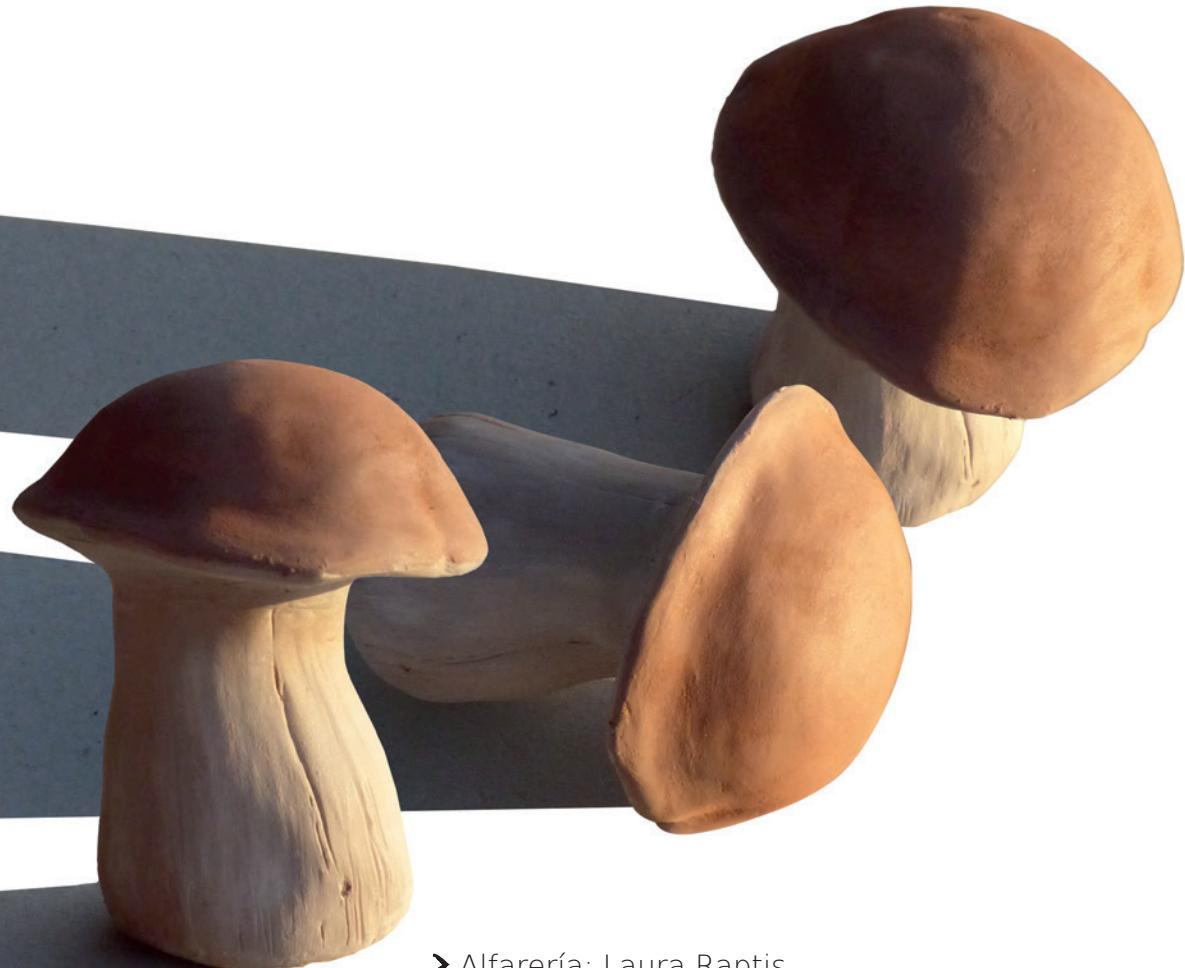
► Ilustración: Rocío García

Entró la lluvia lenta a mi pueblo
como los tangos viejos entran a la noche
pero no es su culpa que un gorrión tiembla
nunca supe refugiarme de las ventanas
se me pega la lengua justo
donde las gotas
dicen
Voy a llover hasta que aprendas a escribirme.



Puntos de vista

Camila Rotundo



➤ Alfarería: Laura Raptis

1

Capaz era porque se quedaba a un costado, calladita como si no quisiera que la vean. O por ahí ese qué sé yo que me provocaba tenía que ver con su carácter: el poder ir o no estaba estrictamente atado a las ganas del tiempo, y con eso no hay tutía. Así que el ritual de la escapada a Villa Alpina empezaba unos días antes investigando el pronóstico. La cuestión es que tenías que desviarte un poco más adelante o un poco más atrás de eso que ya me olvidé, y arrancar a meterte en la sierra. Después de un rato de subir y bajar y subir y bajar y doblar para acá y para allá, el bosque se te abría de sopetón y te dejaba verla: hermosa.

El arroyo acordonaba el verde donde dejábamos descansar nuestra carpa. El agua caminaba lenta por entre las piedras; ese murmullo es lo único que llegás a sentir cuando todo lo demás calla. El olor a madera te lleva al bosque, a perderte buscando hongos comestibles, esos que, como una sutil moraleja de vida, no son ni los más lindos ni los más llamativos. Y cuando te armabas de coraje cruzabas el puente de a pie. Ni la montaña rusa más moderna superaba esa adrenalina, cuando le pifiabas a una de las maderitas y todo empezaba a temblar. O cuando, envuelta en esa misma valentía, te tirabas de bomba en uno de los piletones helados. El corazón frenaba por un momento y tenías que descongelar cada fibra de tu cuerpo tomando sol en la piedra más grande hasta que volvía el calor, y así. Pero al final el sol empezaba a bajar, de los atardeceres más hermosos que podés vivir, y mientras me sentaba a merendar con mis hermanos, empezaba a entender de qué se trata eso de la felicidad.

2

Me gusta tirarme al agua, pero un poco me da miedo porque de este lado podemos ver todo como es, pero allá, del otro lado, las piedras están pintadas de un verde patinoso y hay una que tiene cara de cocodrilo, y encima pintada de verde. No somos tan chicos como para dejarnos engañar con que eso solo es una piedra... igual no importa, ¡hay tantas!, tantas que podemos seguir el arroyo saltando de una en una, tantas que hasta no nos peleamos para ver quién se queda en cuál, y eso que somos cinco, pero ¡hay tantas! Igual acá es lindo todo, en el agua y afuera, el bosque, las montañas y las flores, más porque estamos todos, más porque es el día de los Reyes Magos y nos trajeron muchos alfajores. Y ahora que ya no nos metemos al agua porque hace menos calor, tomamos la leche al lado de la carpa y comemos los alfajores, mientras papá separa los hongos para que se sequen. ¡Juntamos un montón!

3

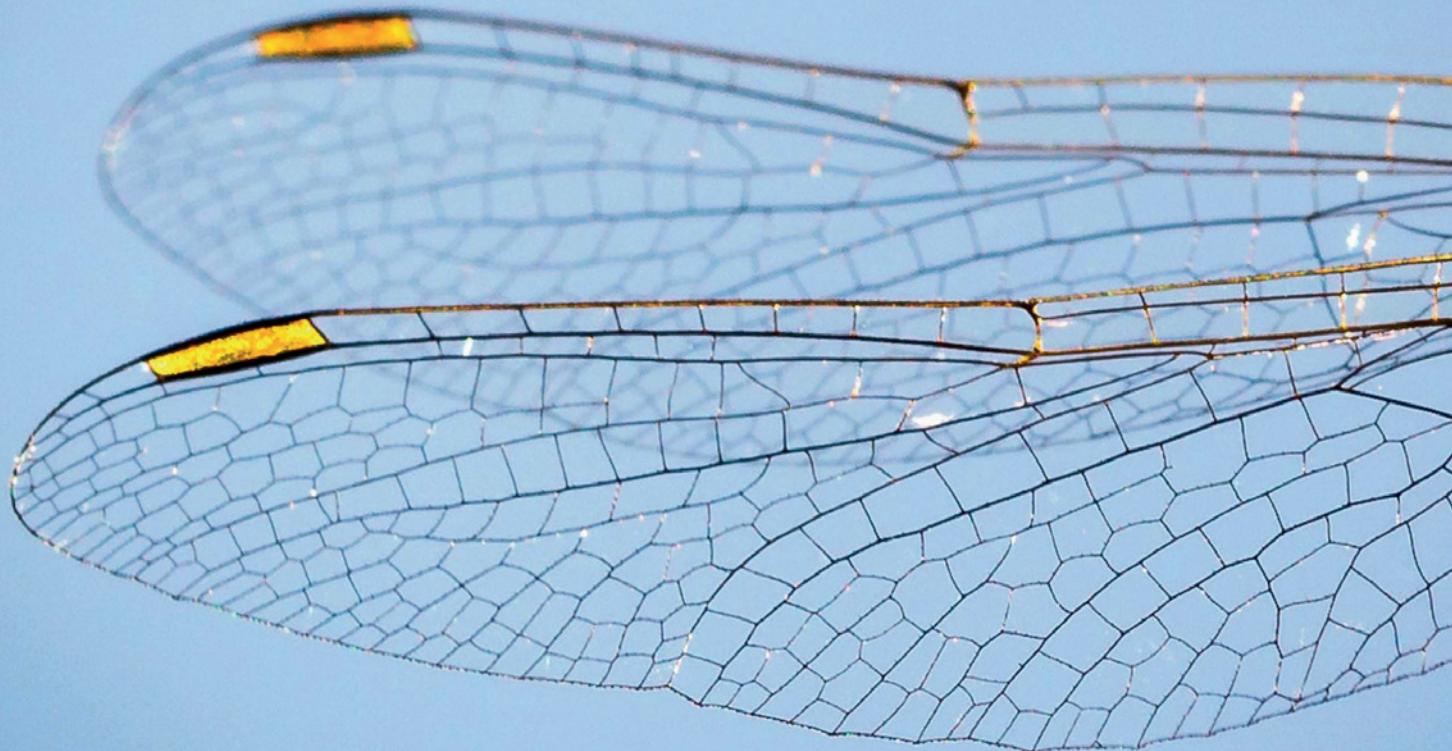
Desde chica era propensa a los mareos, más en auto, más entre esos caminos arbolados que sobreoxigenaban mis pulmones acostumbrados a ese no sé qué de la ciudad, al humo de la civilización, de la electricidad y del baño con cadena. Así que antes de armar el bolso, mi cuerpo se revelaba: mis manos transpiraban, mi panza se brotaba y mis oídos se tapaban. Pero llegaba, no sé si por suerte o por desgracia, llegaba.

El agua estaba siempre helada y el sol era un infierno, así que mis tardes consistían en sentarme abajo de un árbol y abanicarme hasta morir, hasta quedar dopada del calor o del aburrimiento, mientras mis hermanos saltaban como salvajes, mientras mis viejos se empotraban en una piedra a tomar mate y se mojaban los pies en esa agua, mientras yo, mirándolos atenta, consideraba seriamente la posibilidad de haber sido adoptada.

Después llegaba la noche, la eterna noche, la jodidamente negra noche, interrumpida por gritos alegres y carcajadas arengando las anécdotas exageradas de papá, que acomodaba los hongos que había encontrado en el piso. Qué porquería de naturaleza.

Siesta y otros poemas

Alejandro Gómez Monzón



Siesta

“andan aguaciles, va a llover”
(mi madre)

Los aguaciles pronuncian lluvia;
no vuelan en el aire,
vuelan en el futuro.
En la palma del duende
la selva abre los ojos,
me anda buscando.

➤ Este poema corresponde al libro *Los silbidos que afilaron las piedras*.

Uvas

A Luciana

Una mujer regada de insomnios
pone a hervir en mis ojos un nombre,
de su vientre caen tajos de luz,
propinas de la intemperie.
Siempre fue así,
la noche nos lee en voz alta.

➤ Este poema corresponde al libro *Los silbidos que afilaron las piedras*.

Vértigo

El fuego no pacta,
es necesario quemarse
para entibiar las manos.

➤ Este poema pertenece al libro *Entre gallos y cuervos* (2010).

Adrede

Los perros de la muerte no tienen nombre
para que no puedan obedecer a nadie.
Prolija como un ciego,
ella solo los mira.

➤ Este poema pertenece al libro *Los silbidos que afilaron las piedras*.

Cuadro de invierno

Jorgelina Escudero

Tristeza nocturna.

Un hombre y su carro cruzando la noche,
quebrando el silencio de una calle estrecha
que conduce a puertas de vanas mansiones.

Una yegua vieja palpitan do lenta
sobre sus cascos cansados.

iCochero!

La nieve del camino escarcha los cuerpos;
tu hijo se ha muerto y esperás paciente
que florezca junto
con la primavera.

Dos hombres se suben
y rápido avanza tu carro desnudo.

El látigo corta y repica y repica
en el suave lomo,
pero tus manos son más torpes y frágiles
que tu corazón.

La yegua lo sabe y apenas resopla.
Es suave la queja y amargo el dolor.
Tal vez, esperemos, que tu tristeza vuele
al huir el invierno.

Cabecitas

Juan Manuel Terré



Vamos por el camino viejo, una recta de tierra con montes de naranjas y batatas a los costados. Luisito pedalea a mi lado, su bicicleta destortalada no deja de hacer ruido. En mi portaequipaje llevamos las tramperas y la jaula con el cabecita. Antes de salir cubrí la jaula con una tela para que no se asuste y no se golpee.

—El Gallo dijo que pasando la curtiembre está lleno —dice Luisito.

Tiene el pelo revuelto y no para de aspirarse los mocos que le bajan hasta la boca. Después de pedalear media hora, llegamos a la curtiembre. El portón de entrada está abierto. El Gallo hace changas ahí: apila las bolsas de arpillera, barre y a veces va al pueblo a comprarle puchos al capataz. Luisito deja caer la bicicleta y le grita para que salga. El Gallo se acerca caminando despacio, es negro y flaco, parece una caña con patas.

—Gallo, ¿dónde están los cabecitas?

—Cerca de las vías, subí al manubrio que manejo yo —dice el Gallo. Luisito sube de un salto.

Salimos del camino y encaramos por una huella deshabitada. El sol cae de punta, no es la mejor hora para cazar cabecitas. Tampoco la época. Los cabecitas vienen en el verano y recién estamos a mitad de la primavera. Si el Gallo los vio será porque están cambiando de hábitos. El año pasado no agarramos ninguno, dicen que las fumigaciones y el desmonte los corrieron para el lado de las islas. Mi cabecita es viejo, pero canta como ninguno, así que si hay, los va a llamar a todos.

Llegamos a las vías. Luisito salta del manubrio y va rápido hasta el te-

rraplén, agarra piedras del costado de los rieles y nos empieza a tirar. El Gallo lo corre y cuando lo alcanza lo empuja contra un cañaveral que hay detrás. Luisito sale entre las cañas con los brazos rasguñados.

—¿Qué empujas, vos?

—¿Y vos cómo te llamás? —me pregunta el Gallo.

—Martín.

—Martín, agarrame el salamín —se burla y Luisito se empieza reír a carcajadas.

—Martín y Luisito, dos pendejos bien putitos —sigue el Gallo.

—Pará vos, esqueleto de gallo. —Luisito se pone serio.

El Gallo lo agarra de la remera y le cachetea la nuca. Luisito putea. Les digo que no hagan quilombo, que van a espantar a todos los pájaros. El Gallo me imita la voz burlándose. Es muy feo, anda en cuero y con un pantalón que parece un taparrabos. Caminamos con las bicicletas de tiro por el costado del terraplén. Del otro lado de las vías hay un alambrado y más allá, un campo. Es un buen lugar. Desato las tramerapas y las empiezo a preparar. Luisito hace lo mismo con unas varillas de pega. A mí no me gusta cazar con pega porque a veces cuesta despegarlos y si tirás podés quebrarles las alas. Además, con este sol se seca rápido y para que vuelva a pegar hay que mojarla y enrollarla otra vez en la varilla. Y si vamos a cada rato los pájaros no se acercan. Hay que quedarse lejos y no hacer ruido, no como estos dos enfermos que gritan y se tiran piedras.

—Che, si hacen quilombo van a espantar a todos los pájaros —les grito.

—Eh, Martín.
—¿Qué?
—Agarrame el salamín.
El Gallo la tiene afuera, se la agarra y la mueve para todos lados.
—Mirá que lindo salamín —dice y camina hacia mí.
Luisito desde un costado se ríe como un tonto, el Gallo gira y lo encara.
—Che, Luisito, haceme una paja. —Luisito da unos pasos para atrás.
—Chupamelá, esqueleto de gallo —dice y salta al otro lado de las vías.
El Gallo se ríe con la boca bien abierta, le faltan la mitad de los dientes.
Después se pone a mear sobre unos yuyos.

Cuando terminamos de armar todo, cuelgo la jaula en un poste y le saco la tela, el cabecita empieza a saltar adentro. Pongo la trampera al costado y Luisito clava dos varillas en el poste siguiente. Nos alejamos por el otro lado de las vías en dirección al cañaveral; antes de llegar escucho que el cabecita comienza a cantar. El Gallo preparó un escondite cortando algunas cañas, dice que detrás hay un monte de naranjas y se va. Ojalá no vuelva. Busco un lugar cómodo para sentarme y ver las jaulas. El sol cae a pique, no es la mejor hora para cazar. Tendría que haber traído también un jilguero, de esos hay todo el año. O un corbatita, me pareció ver una bandada cuando salimos de la curtiembre.

—Che, Luisito ¿vos creés que el Gallo vio cabecitas?
Luisito está tirado de espalda entre las cortezas secas de las cañas, mastica el tallo de un pasto como si fuera un chicle.

—¿Y por qué me va a mentir? Si dice que los vio es porque los vio.
Arranca otro pasto y se lo pone en la boca. Ya no se aspira los mocos,
le quedaron dos aureolas blancas en los agujeros de la nariz.

El sol le da de lleno al llamador que salta de un palito a otro dentro de la jaula. No para de cantar. Ya pasó como una hora desde que pusimos las tramperas y todavía no vimos ningún cabecita. El Gallo no volvió. Luisito se quedó dormido de espalda con la boca abierta. Un pájaro baja al terraplén, a unos metros de las tramperas.

—Eh, despertate.

Lo empujo con el pie y se sienta sobresaltado.

—Mirá.

El pájaro salta hacia el alambrado y se para en una de las varillas, intenta volar pero se le pegan las patas. Aletea desesperado y se le pegan las alas. Se voltea y queda colgando como un murciélago. Luisito sale corriendo y yo voy detrás. Veo que lo tironea para despegarlo.

—¡Con cuidado!

Es tarde, ya lo tiene en la mano. Apenas se mueve.

—Le quebraste las alas, bestia.

—Es un chingolo de mierda y me llenó de plumas la pega —dice y lo tira con fuerza contra los durmientes.

El chingolo rebota y cae del otro lado de las vías. Lo encuentro entre los yuyos. Todavía está tibio. Le salió sangre del pico y de un ojo.

—Pendejo tarado ¿cómo vas a hacer eso?

—Para qué lo querés, están llenos de piojos.

—Vos estás lleno de piojos.

Luisito se escupe las manos y se pone a limpiar la pega. Vuelvo al escondite y cuando me estoy por sentar me empujan de atrás, caigo al piso y el Gallo cae arriba mío.

—Salí, sucio.

Está todo transpirado y apesta a naranjas.

—Te asustaste, mariconcito. Comé una.

—No tengo ganas.

Llega Luisito y agarra una de las naranjas que están en el piso. El Gallo le pega en la mano y se la saca.

—Pedí permiso, enano.

—Qué, si son afanadas...

—¡Shh! Hay uno en el alambrado —digo.

Luisito se asoma para ver y quiebra una caña.

—Quedate quieto —dice el Gallo y le amaga una cachetada.

Está parado sobre uno de los postes, a un metro de la trampa; mueve la cabeza desconfiado.

—¿Vieron que había? —dice el Gallo.

Mi cabecita salta de un lado a otro de jaula chillando. El otro da saltitos sobre el alambre y se empieza a acercar. Es macho pero todavía no marcó, tiene la cabeza bien negra y el pecho se le está empezando a poner amarillo. Se para al lado de las pegas. Que siga, que no salte ahí, mejor

la trampera. Vuela y se queda aleteando sobre el llamador. Se va a ir. No, baja y se para en el borde de la jaula. Vio el alpiste. Salta adentro de la trampera y la tapa se le cierra encima.

—¡Cayó!

Corro y el Gallo me sigue, cuando llegamos me empuja y agarra la trampera.

—Pará, hay que taparlo, si no se va a golpear todo —le digo.

—Este es mío —dice y se va.

—Dámelo, chorro. —Lo empujo.

El Gallo suelta la jaula y me agarra del cuello. Trato de zafarme pero me tira de boca al piso y me dobla los brazos por la espalda.

—Soltame, me hacés doler.

El Gallo se ríe. Llega Luisito y se ríe también.

—Pasame la soga, enano.

Luisito le trae la soga que usamos para atar las tramperas. Me ata las muñecas con fuerza. Duele. Siento la tierra en mi cara.

—¿Querés un cabecita?

Sale de arriba mío y se arrodilla adelante. Se desprende el pantalón y la saca.

—Mirá qué lindo cabecita. —Me la acerca.

Volteo la cara todo lo que puedo, la tierra de la boca se hace barro.

—Ya está. Dejalo, Gallo.

—Callate, pendejo, o querés que te haga lo de la otra vez.

Se para y va detrás, se sienta sobre mis piernas, con una mano me sujetaba la espalda y con la otra mano me baja el pantalón. No me puedo mover, no tengo fuerzas.

—Soltame, negro hijo de puta.

—¿A ver qué tenemos ahí? Qué lindo culito...

Hago un esfuerzo para girarme, pero no puedo. Lloro de asco y vergüenza.

—¿Querés que te la ponga un poquito?

Veo la trampa tirada a un costado. El cabecita salta desesperado golpeándose contra los alambres. Está atrapado, no hay forma de que salga pero sigue luchando.

—Dejalo, Gallo.

—Sí, demasiado llorón, me parece que le empezaba a gustar. La próxima se deja —dice, después agarra la trampa y se va.

Luisito me saca la soga y se sienta a un costado. Me mira, serio, sin decir nada.

—Qué me mirás, pendejo de mierda. —Doy dos pasos y así, como vengo, le pego una patada en las costillas.

Se queda tumbado sobre el pasto. Voy al alambrado, agarro la jaula con el llamador y tiro las pegas lejos. Vuelvo y lo veo parado al lado de su bicicleta llorando, se la tiro al piso y salto arriba. Se quiebra los rayos y se dobla una rueda. No va a hacer más ruido esa porquería. El pendejo llora más fuerte y la cara se le llena de mocos. Ato la jaula en mi bicicleta y me alejo.

➤ Este cuento pertenece al libro *Para el lado de las islas*, Barnacle, 2016.



➤ Ilustración: Laura Raptis

Huele a encierro

Nazarena Catalano

Antes,
cuando al tiempo no lo marcaba el reloj de la rutina,
y la joven rebeldía acompañaba despreocupada
las noches de cigarrillos hasta ver salir el sol...
antes,
no sentía tanto miedo
de entrar sola y en silencio a los pasillos de mi mente.
En esos túneles desiertos
lo único de escabroso
era el eco de mis pasos,
y con solo escucharlo me calmaba, presintiendo
el mapa borroso de mis sueños,
completando la imaginación lo que faltara vislumbrar
de las imágenes borrosas.

Ahora es como si el silencio que abarca todo
al apagar la maquinaria del trajín
fuera tan
espeso,
que no me permite avanzar
sin perder un poco el
aliento.

Y es tan difícil hacer ruido con bobadas,
levantar una tapia de dopamina virtual
en la puerta del
laberinto al que,
para cuando decido, ya sin excusas,
entrar
me desconozco.

Ya no me guían el eco ni el instinto.
Hay muchas cosas amontonadas en el suelo
que hacen sombra
y no me dejan mirar por dónde voy.

Me mareo, me canso,
me detengo
mirando un viejo engaño,
tropiezo
con una decepción,

caigo
en el borde afilado de una mentira reseca,
me corto
y duele de nuevo
pero en distinto lugar
(en el orgullo quizá).
Tanteo entre sombras, estrujo un secreto
y me limpio con él la herida.
Me levanto, respiro hondo (huele a encierro).
Pero encaro decidida con la chispa de un cariño como antorcha
y leyendo algunas rimas de soledades futuras escritas en la pared
me doy ánimos, suspiro
y me hundo en mis pensamientos
una vez más
para dejar entrar un poco de aire
algo de luz
y sacar lo que hace mucho está guardado
y ya no sirve.



Lara Carrara

En su obra, investiga y experimenta una línea de fuga que intenta superar ciertos aspectos de la pintura figurativa, sin recurrir por ello al arte abstracto.

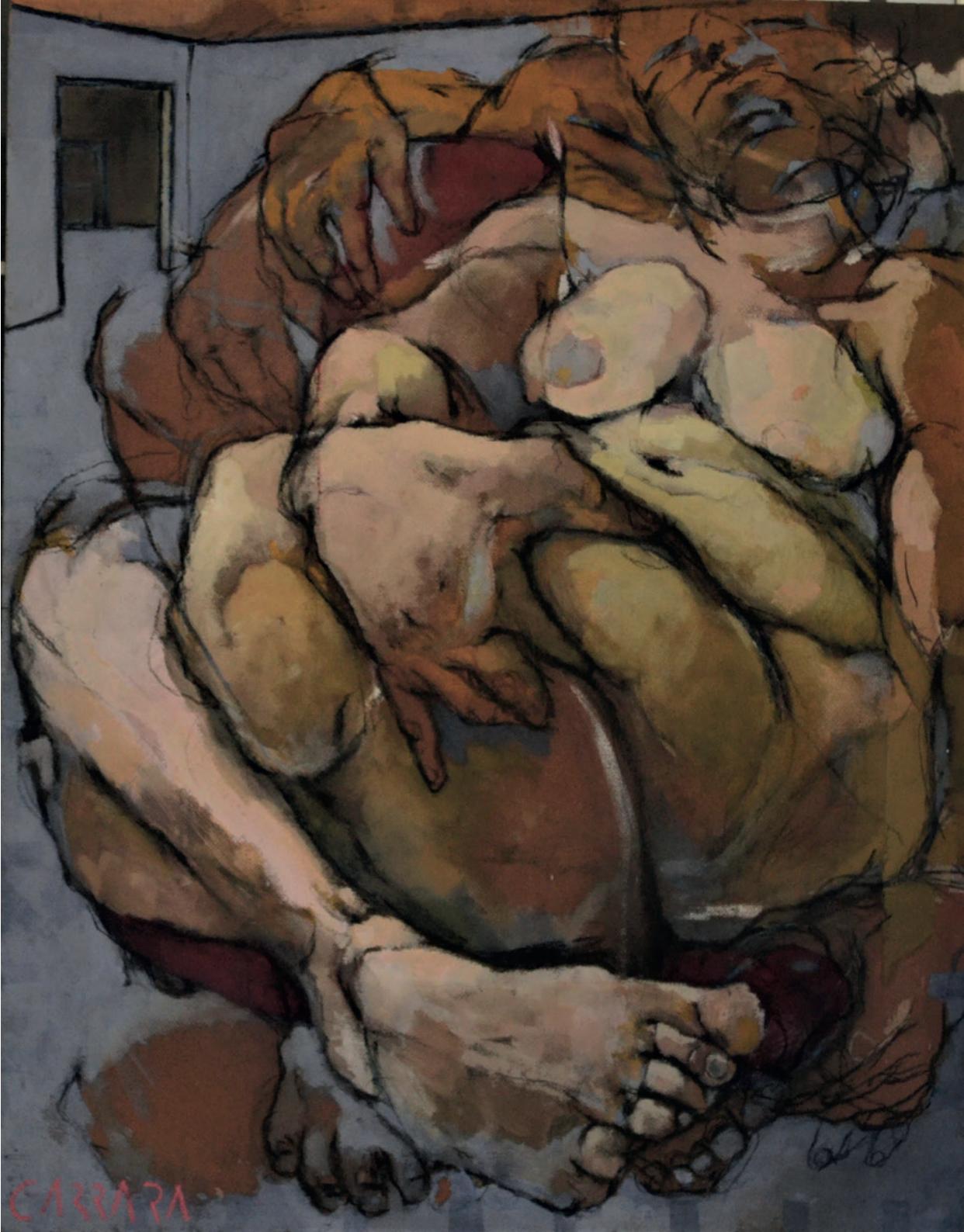
➤ *Cuerpo sobre fondo negro II.*
Sobre fotografía de Julia Shoots. 2020
Acrílico sobre madera.
Díptico: 1,50 x 1 m.

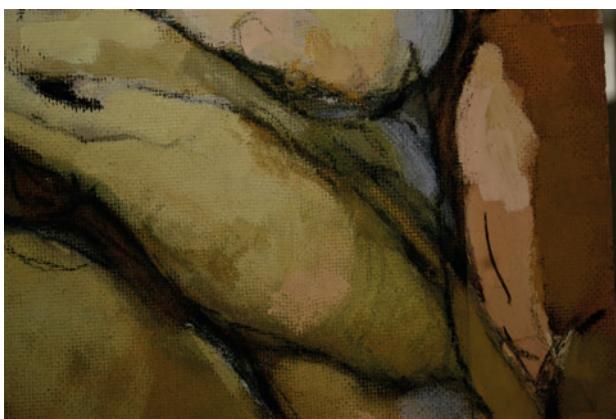
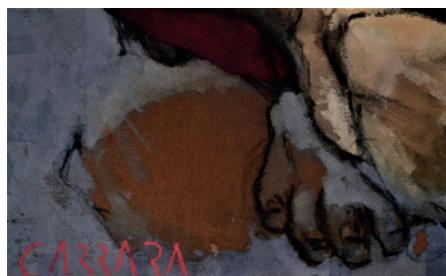
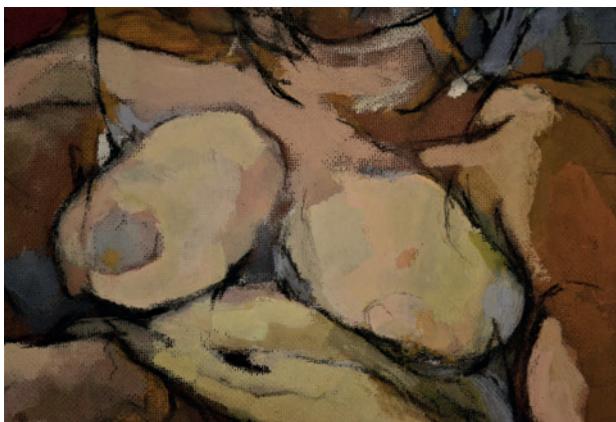
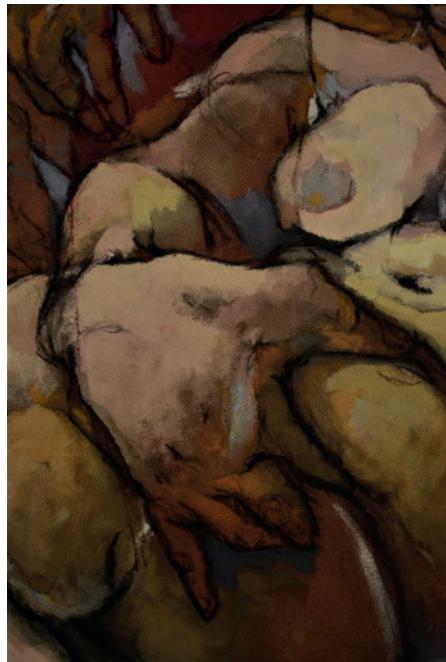




Lara Carrara (treinta años). Campana, Buenos Aires. Artista plástica. De formación autodidacta, bajo el andamiaje del pintor y escultor Sebastián Ariel Franco. Estudiante de Bibliotecología y Ciencias de la Información. Gestora cultural. Dicta clases de Dibujo y Pintura en Campana.

► Autorretrato en habitación azul. 2021
Acrílico sobre madera. 1 x 0,80 m.



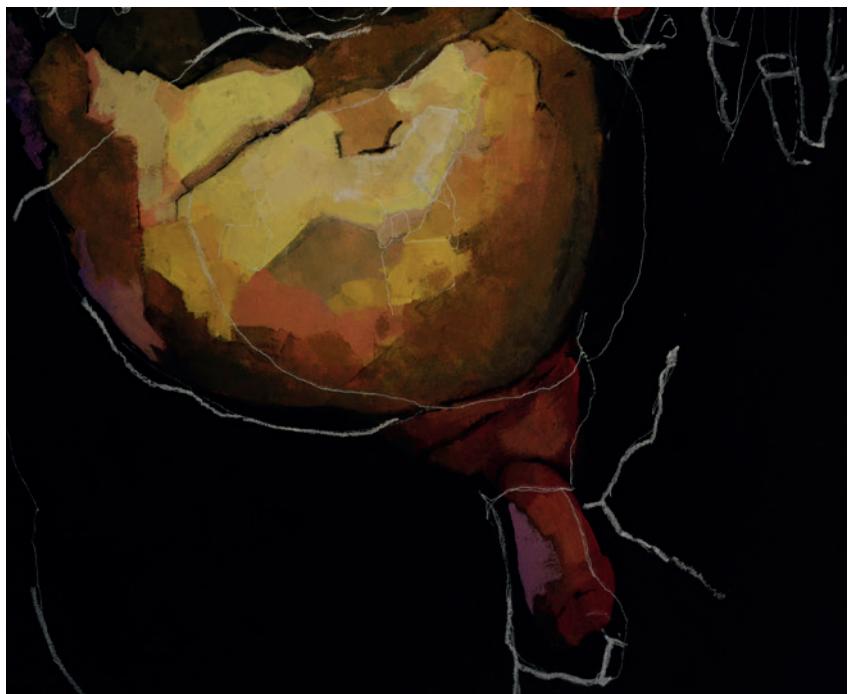


Utiliza una línea nómada que parte de la figura sensible, y tiene en el cuerpo y la carne su protagonista principal.



➤ *Cuerpa*. 2018

Acrílico sobre tela. 0,70 x 0,50 m.



En la actualidad trabaja en una muestra individual en torno a la concepción de la figura humana, el peso y el pliegue; el sentido de las sucesivas deformaciones que inflige como pintora en los cuerpos, y la captación de las fuerzas internas (y externas) que los violentan.

➤ *Hombre sentado en la silla*. 2019

Técnica mixta sobre madera.

1,50 x 0,75 m.







Desde el río calmo

Entrevista a Chichí Tosso

Un rostro apurado en la calle, una silueta esbelta y rubia, inasible bailarina; innumerables alumnos y alumnas que recuerdan a la maestra con cariño, un libro de poemas difícil de encontrar y una leyenda que antecede su nombre desde la puerta de Edna. Eso era todo lo que creía saber sobre Susana Tosso. Ahora solo puedo pensar en ella como Chichí.

Porque pasamos parte del invierno hablando a la distancia, achicando el encierro con tecnología, las anécdotas viajando por el espacio de ceros y unos desde su jardín secreto hasta el mío. Y ya no soy la misma. Ahora llevo su nombre con sed, con hambre, y que nadie lo toque con una flor cortada. Con ustedes, Chichí.

Basilia vida lluvia

La casa de mi infancia fue una casa sin libros. La economía no permitía tener siquiera una pequeñísima biblioteca. A mis seis o siete años, no recuerdo con exactitud, los Reyes me trajeron *Alicia en el país de las maravillas*; era una versión adaptada, demasiado adaptada, de tapa dura y con unos dibujos que me fascinaron. Desconozco si este objeto releído tantas veces fue mi primer vínculo con la literatura.

Debo recordar a Basilia Oberti, una mujer periodista que se cruzó en mi vida en hechos que se encadenarían para enriquecerme... Basilia (yo ya tendría ocho o nueve años) nos reunía a cuatro o cinco nenas del barrio para leer poesía; sentadas a una gran mesa, "la elegida" leía; luego, seguramente, hablaríamos sobre el poema. Fue, sin duda, mi primer taller literario. Viví la mística de esa gran mesa iluminada, el silencio y las palabras. Ahora puedo afirmarlo: Basilia Oberti me mostró lo maravilloso de la poesía.

Sería tal vez el año 1957 cuando



► Basilia Oberti.

Basilia se acercó a mi nueva casa de la adolescencia y me ofreció ser bibliotecaria de la Biblioteca Marcos Sastre, ubicada en el llamado *caserío de Villa Depietri*. Allí fui como primera bibliotecaria para esperar a los chicos y chicas que salían de la Escuela n.º 4: Basilia hizo posible que fuera yo la que tuviera el placer de leerles historias, cuentos y poemas. Otra vez Basilia Oberti cruzándose conmigo y la poesía. Recuerdo que para llegar a la biblioteca de Villa Depietri viajaba cada tarde en el colectivo que

iba al cementerio. Salía de Plaza Belgrano. El viaje de ida no presentaba problemas, pero el viaje para regresar al centro me preocupaba: al atardecer era el último viaje. Era casi una pesadilla pensar que perdía el colectivo, sola, cerca del cementerio y con la noche muy cerca.

Recuerdo perfectamente la primera vez que escribí un poema: Maricha Barcala envió a casa a un señor que vendía revistas infantiles que, según ella, eran muy buenas. Era el 31 de enero de 1985, y llovía; el señor del que no recuerdo su nombre me mostró catálogos y conversamos brevemente sobre literatura. Al irse, ya no llovía, se despidió en la puerta de calle y me dijo: "usted escribe, ¿no?"; ante mi negativa, se extrañó como si le estuviera mintiendo. Al otro día, 1 de febrero, comencé a escribir: el primer mes escribí alrededor de cuarenta o cincuenta penosos ¿poemas?; afirmo que eran penosos porque había entrado en la etapa primera, cuando una se enamora de sus palabras; enamoramiento que hace que el

poema, indefectiblemente, fracase. Con el tiempo los recitaba en forma sobreactuada subida a una silla y, entre risas y ademanes, mis hijas y yo nos divertíamos (el preferido para mi actuación era el dedicado a Vincent Van Gogh). Esos escritos no existen. Con el tiempo y con la medida que necesitaba, seguí con la escritura. En *Delgadísima hebra* hay un poema dedicado a Maricha Barcala y que, justamente, tiene como motivo de escritura la pregunta de ese hombre.

Comencé a escribir a los treinta y seis años. Nunca, antes, había pensado en escribir. Evidentemente, los días con Basilia, la infancia, las lecturas, las clases de Visión que daba Fernando en el taller, las clases como maestra de Expresión, el acercamiento a las grandes obras de la pintura y la escultura, la danza y sus creadores (nombro a Pina Bausch, como ejemplo), la música, las vidas de la gente conformaron un mundo interno que luego apareció en la poesía. En un principio fue un trabajo intuitivo, luego necesité lo formal

que podría dármelo los talleres de narrativa y poesía. Un camino interesante para escribir poesía, por lo menos para mí, fue trabajar el cuento. La síntesis del cuento me ayudó a la concentración del lenguaje que es lo que me interesa.

A Basilia Oberti, te recuerdo, la conocí a los ocho o nueve años; luego nos reencontramos en mi adolescencia y juventud, época en la que no escribía. Luego con Fernando (1965) nos fuimos a vivir a Estados Unidos por más de dos años; Basilia murió cuando vivíamos allá. La noticia de su muerte, a esa distancia,

fue tristísima. Si vemos las fechas que mencioné, empecé a escribir casi veinte años más tarde. Aquí se dibuja una órbita: Basilia-vida-visita de un hombre un día de lluvia.

síntesis río obsesión

Creo que ninguna obra se puede describir, es decir ninguna obra se debe describir. Toda obra es una presentación (coincido con la opinión del maestro plástico Luis Felipe Noé). Y esta presentación es sentida por cada lector (hablo de la poesía) en forma diferente según sus experiencias y necesidades.

“ Toda obra es una presentación. Y esta presentación es sentida por cada lector en forma diferente según sus experiencias y necesidades. ”

¡Admiro a tantxs poetas! No podría darte una lista. Voy al poeta que necesito: de pronto es Irene Gruss, otro día necesito a Gamoneada, dentro de un rato será Denise Levertov. No puedo olvidar a Paul Celan. Sigue una lista casi infinita. A los que necesito, casi siempre, es a los poetas chinos. ¿Por qué? Por su brevedad y síntesis, por la condensación del sentimiento.



Sobre “El té”, de Wang-Tsi

¿Qué es lo que me commueve de la poesía china? El valor de la palabra que recupera un instante de la vida. Palabras que contrastan con las conversaciones que carecen de silencio. Los poquísimos elementos traídos para sentir los gestos cotidianos como una epifanía. Siento los poemas chinos como una plegaria, un rezó fugaz para salvarme.

El Té

En el instante que llevas la taza a los labios,
Cierra los ojos:
¡Te hallas en el Paraíso!

Wang-Tsi

➤ Publicado originalmente en el sitio web
de Cooperación Española: <https://bit.ly/3AYOydL>

Cuando nombro a lxs poetas significa que puedo volver a leer los poemas que me trastocan el corazón, no todos sus poemas.

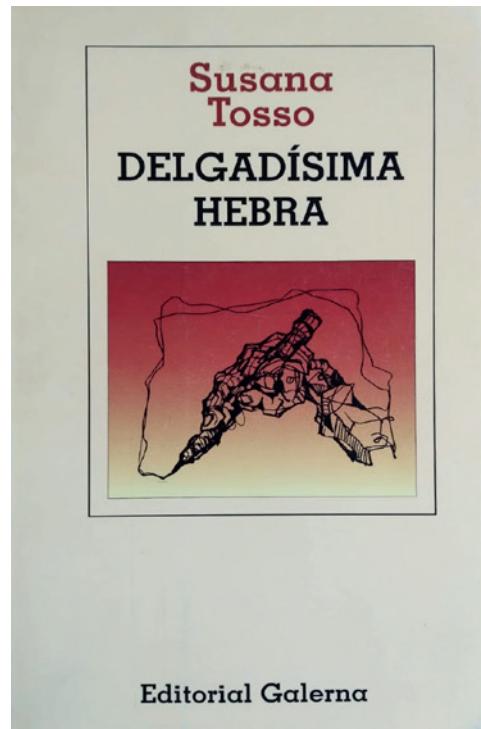
Para mí la escritura es como un río: corre sin estridencias, es un río calmo. No escribo para publicar de apuro, soy una obsesiva de la corrección, dejo poemas durante meses y años antes de volverlos a ver: las carpetas o los cajones son gran-



des correctores. De pronto me encuentro con un poema que había olvidado y ahí empieza la fruición del trabajo para mejorarlo o arruinarlo, nunca estoy segura. Me gusta tener todo el tiempo del mundo para este trabajo que ya no será un apunte. Uso y abuso del tiempo: escribo una palabra, busco un sinónimo, voy a ver el limonero para encontrar los cambios, junto tomatitos cherris que cultivo, vuelvo a la computadora, me hago un mate, hablo con los gatos, lo miro a Fernando. En fin, este es, para mí, el disfrute de la escritura.

Te relato una especie de currículum: el primer premio que recibí fue el de la Fundación INCA (tercer premio) con un libro que se titulaba *Destiempo*; este libro como tal no existe, pero tomé muchos poemas de allí para trabajarlos. Después fui finalista y obtuve una mención especial en el Festival internacional de Medellín, Colombia; este reconocimiento me halagó. Luego, el segundo premio del Fondo Nacional de las Artes con *Delgadísima hebra*;

vino la publicación y, con este libro editado, saqué el tercer premio municipal. Que Juana Bignozzi, poeta a la que admiro, sacara el segundo premio me produjo mucha alegría. Todos estos premios son de hace muchos años. Soy respetuosa de las decisiones de la gente; por esto no opino sobre la participación en concursos.



➤ *Delgadísima hebra*.

Solo tengo un libro publicado en 1997 y porque me lo publicó la editorial Galerna. Me preguntás por qué no edito los otros libros que tengo terminados, y que aún corrojo. Para mí es sencillo comprenderlo. Trataré de explicártelo y de ser lo más veraz posible: mi vida pasa por la escritura y no por la publicación. Cuando salió *Delgadísima hebra*, llevé a la librería de Leder Kremer¹ unos cuantos ejemplares, solo eso. No presenté el libro en San Pedro ni en Buenos Aires. Respeto a los que, con alegría, presentan sus libros,

pero a mí entrar en el espectáculo de la presentación me deprime. Si alguien está interesado en leerlo, lo comprará o lo sacará de la Biblioteca Popular (aún tengo ejemplares en mi ropero). No sabés las ganas que tengo de corregirlos (risas).

Si leo una obra y me comprometo con su lectura, empiezo a sentir cada personaje como necesario; no quiero despedirme, no quiero llegar al final. Tal vez encuentre aquí la punta de una hebra para explicar esa tentación de corregir: no quiero que llegue el final. No me olvido de

“ Tal vez encuentre aquí la punta de una hebra para explicar esa tentación de corregir: no quiero que llegue el final.

1 Salomón Leder Kremer, legendario librero sampedrino que entendió y predicó que las alpargatas y los libros pueden ir juntos.

mi relación con maestros de narrativa y poesía que eran exigentes en este aspecto de pulir un texto (se los agradezco desde lo más hondo). Te sintetizo, no es una tentación, es una necesidad.

paralítica monja maestra

Ay, ¿qué puede decirle a lxs nuevxs poetas una mujer que escribe y a la que no le interesa publicar ni presentar? Si bien estos últimos años la poesía tiene más lectores (las redes ayudan), considero que casi todas y todos los poetas son anónimos.

Cuando era chica tenía tres vocaciones (explicaré las motivaciones de cada una). La primera que menciono fue la de ser paralítica; había visto una película en el cine La Palma², una película que me cautivó. Una chica bellísima, sentada en una silla de ruedas, era llevada por un muchacho hermoso que empujaba a su amada con una ternura indescriptible.

Más tarde quise ser monja, una monja de clausura. Me parecía fascinante vivir en esas galerías de piedra y en ese silencio.

Por fin, en cuarto grado, me decidí por la más hermosa: maestra. El motivo de esta decisión fueron las manos de una practicante en la escuela Normal. Explicaba y apoyaba sus manos en las volutas del pupitre; tal vez no la escuchaba, pero ese gesto me decidió.

Me preguntás qué lugar ocupa la enseñanza en mi vida. ¡Ah!, es un lugar de pertenencia, es lo que quiero ser y hacer.

La relación que existe entre el cuerpo, la danza, la expresión, y el poema es, para mí, íntima, es una relación constructiva: cuando escribo, bailo; cuando leo un poema ajeno, lo siento en el cuerpo (que para mí es también el alma); repito la palabra *siento* porque esa es la que me afirma como lectora: mi cuerpo se commueve, en ese punto me doy

2 Cine sampedrino en cuya esquina había una palmera gigante! en la que, según cuenta la leyenda, apoyó una de sus manos Carlitos, sí, Gardel.



➤ Chichí en una clase con sus alumnos.

cuenta de que ese poema me pertenece. Un buen poema es el que da en el hueso, en el carozo. Creo que existen tantos buenos poemas como lectorxs. En mis clases la poesía tiene un lugar preponderante; no cualquier poema sino el que yo creo necesario, el que trastorna mi cuerpo. Las que reciben el poema elegirán el suyo cuando estén fuera de la clase. Jamás doy poemas de mi autoría en el taller, no me parece ético.

La Casa Museo donde dicto los talleres es una casa, es mi casa. Cuando se vive entre objetos nece-

sarios y amados, nada es extraño. En nuestra casa no existe el adorno comprado para un fin: cada objeto tiene un sentido emocional que lo hace único y amado. Me entristece imaginar casas que tienen cosas que se han comprado solo por la moda o el consumo.

Sylvia Abelardo Arturo

Participé en los talleres de narrativa de Sylvia Iparraguirre y luego de Abelardo Castillo. Fueron encuentros muy importantes: aprendías con la crítica, para mucha gente podía pa-

recer casi despiadada pero esa crítica te hacía crecer de verdad; nadie mentía, todxs defendíamos el texto, y eso era amor. Corregir y corregir, aceptar las miradas de los otros, bajarlas y decidir. Quedaron recuerdos imborrables que me ayudaron en la poesía. Me interesa la síntesis y, en el cuento, debés usarla. Si un texto tenía tendencia dulzona, ya se hablaba entre risas respetuosas de "mermelada". En mis textos huyo de la mermelada y de los adjetivos (algunos son necesarios).

Sylvia Iparraguirre fue una maestra genial: daba clases los sábados en el Taller, en San Pedro. Trabajábamos el texto y leíamos mucho. Una anécdota que recuerdo: ese sábado se jugaba un mundial de fútbol, creo que Argentina jugaba con Inglaterra; quedamos de acuerdo en que el taller no se suspendía; Fernando tocaría una campanada para anunciar un gol: nos levantamos varias veces para cruzar el patio a la carrera y ver la repetición del gol. Ese día la clase del taller fue muy agitada.

Con Abelardo los encuentros de taller eran los viernes a la noche; comentábamos lecturas y luego venía la lectura de los textos. Recuerdo que un viernes se comentó *La Cartuja de Parma* de Stendhal. La comencé como cien veces, no pude pasar de la página quince. Muchos años después se lo confesé a Abelardo (en cierta forma me dio la razón).

En los talleres escribí cuentos que no me interesan. Nunca tuve deseos de escribir una novela. Más tarde necesité hacer un taller de poesía: tenía mucho material que solo había visto yo (cuando digo yo hablo de Fernando, Fernanda y Rosaura y uno o dos amigos). Comencé un taller individual con Arturo Carrera durante varios años. Fue muy hermoso. Tenía mucho material que necesitaba revisar. El taller individual nos permitía conversar sobre el poema, la poesía o la vida. Una anécdota inolvidable: el primer día llegué a la casa de Arturo con mucha anticipación, crucé la calle y entré en un bar a tomar un cortado. De pronto la cuadra se llenó más o menos con cincuenta policías

con armas que apuntaban a la puerta por donde yo tenía que entrar; las sirenas ensordecían. Pedí el teléfono al dueño del bar y llamé, me atendió Arturo, me decía que la policía había requisado todos los departamentos, que no sabía si podríamos encontrarnos. Más tarde una ambulancia se llevó a un hombre herido. Por fin pude subir, solo se me permitió usar la escalera; al llegar al cuarto piso había un gran charco de sangre, lo sorteé. Llegué al quinto piso y allí me encontré con Carrera. Todavía no me doy cuenta cómo participé, con serenidad, de todo ese escándalo. Así fue mi primer día de taller.

atómico regreso eternidad

Nos fuimos con Fernando, recién casados, a Los Ángeles, Estados Unidos. En el momento en que bajaba la escalerilla del avión, pensaba que quería regresar a la Argentina y a San Pedro. La vida en Estados Unidos me pareció horrible (hablo de mi

experiencia). No fue fácil conseguir trabajo. Por fin una compañía de limpieza de un argentino nos contrató: limpiábamos la municipalidad, un refugio antiatómico, la biblioteca, la comisaría y un centro recreativo en el barrio en que vivíamos, en Whittier. Estábamos sobre el cinturón de Fuego del Pacífico, los movimientos sísmicos eran frecuentes. La guerra de Vietnam estaba ante nuestras narices y Fernando tuvo que alistarse al entrar, en el mismo aeropuerto. A las diez de la mañana del día viernes sonaba la prueba de la sirena de un posible ataque atómico. Extrañé con locura a mi padre y a mi madre. Lo que te enumeré fueron las motivaciones para pensar en el regreso a San Pedro.

Con Pedro Suñer³, Aníbal de Antón y Abelardo Castillo éramos amigos. Inquietante ese verbo en pasado. Con los tres viví experiencias diferentes. Galería Biguá, la casa de Pedro, era un lugar para aprender sobre arte todo el tiempo. Con Aní-

3 Pedro Suñer fue un reconocido escultor, sampedrino por adopción.

bal éramos compinches, nos divertíamos, jugábamos al truco y las noches de carnaval salíamos en auto a mojar a los desprevenidos. Abelardo llegaba a casa, entraba por el pasillo silbando, se sentaba en el sofá y comenzaba a hablar hasta por los codos. Los tres dejaron en mí recuerdos y enseñanzas invaluables.

Me gusta mi vida y no pienso en otra posible. No busco los acontecimientos, me suceden. Eso sí, si existe otra vida, quiero ser gato: me fascinan los techos.

Decís que tu necesidad de corregir se debe a que no querés que llegue el final. La escritura entonces, ¿sería una forma de escapar de la muerte? ¿O un modo de convocar la vida?

Me gusta eso de convocar la vida. Adoro la vida. Cuando era joven le tenía mucho miedo a la muerte, escribí tanto sobre las pérdidas amadas, que mi alma se aquietó en ese aspecto. Ahora podría afirmar que no me quita el sueño la cercanía de la muerte, de mi muerte. Si escribo o doy clase, me siento eterna.



➤ Chichí.

4 Mempo Giardinelli, ¡gracias por la frase!

Chichí

La mirada de María Taurizano

Quién podría imaginar que por una puerta pequeña y oscura se entra a un universo luminoso. La puerta de Edna nos condena con una breve sentencia dantesca a bailar. Un escalón y un paso más y estarás en la casa que danza.

Allí aprendimos el cabal significado de la palabra *espacio*. Ocupar el espacio y hacernos de él con una libertad casi prohibida.

Eran tiempos en los que las dictaduras y los golpes de estado se sucedían y repercutían en nuestra infancia y en nuestra adolescencia. No pasaban desapercibidos por los pasillos de las escuelas a las que había que asistir de pollera y medias azules o blancas. Sabíamos que algo terrible estaba sucediendo y que no todo estaba permitido. Había que andarse con cuidado y en puntas de pie, y ese lugar, detrás de la puerta pequeña y oscura, nos salvó.



➤ La puerta de Edna.

Allí se transgredían las fronteras invisibles, aquellas en las que, quienes creían tener todo controlado bajo su poder, no habían reparado. Allí se respiraba y se alimentaba la libertad y la rebeldía. Sin ponerlo en palabras. Sin necesidad de doctrinas. El Taller fue el lugar donde nuestro potencial no tenía límites. Detrás de esa puerta oscura y pequeña, en ese universo luminoso que la calle más ruidosa del pueblo no podía ni siquiera imaginar. Al ritmo de un pandero cuya cadencia discordaba con el paso redoblado y nos provocaba.

Ninguno de nosotros salió indemne. Todos los que alguna vez pasamos por el Taller de las Artes,

todos los que respiramos la fragancia de humo de pipa entre las ramas verdes de una selva inusitada. Todos hemos continuado nuestro camino con una huella en el alma. Cada clase, cada encuentro, hemos salido de la casa que danza flotando. Con el pensamiento fresco de la esperanza. Con la seguridad de saber que podemos ser, que hay en qué creer y alguien que cree en nosotros, sentirnos tal cual somos sin miedo a equivocarnos.

Existe un mundo real mucho más vasto que la calle y los coches, correr al trabajo, vestirse bien, ganar dinero. Hacerse mala sangre y sobrellevar penurias en la miseria cotidiana. Hay un mundo real y al mismo tiempo muchos mundos reales dentro de cada uno de nosotros. Todos esos mundos son posibles si los dejamos ser. Para dejar ser a mis mundos, esa puerta y lo que vino después de la mano de Chichí, fue primordial y necesario.

La primera vez que nos habló de la "expresión corporal", Chichí era la profesora de educación física de

la escuela. Se paró en el escenario, muy puesta en sus pantalones *stretch* y nos habló de una nueva disciplina que comenzaríamos a practicar: Expresión Corporal. Ella nos explicaba pero yo no terminaba de entender. ¿Acaso había que dejarse llevar por el movimiento, correr de aquí para allá sin ton ni son? ¿Que la trama de una historia se tejiera con el hilo de la música y nos enredara el cuerpo y que este lo expresara como le diera la gana, incluso revolcándose en el piso?

No podía ser cierto. Aún no había terminado de elaborar esa propuesta cuando me di cuenta de que el resto de mis compañeras ya se había descalzado y que, al menos la mitad de ellas, ya se habían sacado las medias blancas y azules y saltaban con los brazos abiertos y corrían de punta a punta del enorme salón de actos solemnes, dejando a la vista de todos las plantas de sus pies tiznadas de polvo.

Qué vergüenza. Mis pies descalzos eran tan feos. No podía hacerlo. Qué ridículo. Moverse porque sí no-

más. Sin embargo las clases de educación física continuaron siendo de expresión corporal y las competencias en las que la capitana del equipo elegía a los integrantes cruelmente, de mejor a peor, se acabaron para siempre. En aquel entonces no nos dábamos cuenta del significado de esa transformación.

Ahora se trataba de bailar, descalzas, y sin medias mejor, por las astillas. Yo acunaba a los pies horribles y a la vergüenza en posición fetal. ¡Hasta eso estaba permitido! Era como una semilla que desde un hueco sombrío de la tierra, desde el dolor, la alegría, el abandono, la risa, los gritos, los castigos, los aplausos, salía al mundo poco a poco. Desafiando al ridículo y a la desconfianza y al miedo de estar haciendo algo que estaba mal. Pero lo hacía. Y salir de la coraza y revolcarme cómodamente sobre el suelo de madera me estaba gustando.

No sé cómo cada una de nosotras vivió esa transformación. Quizás para algunas tuvo más significado y para otras menos, o nada. Quizás

para mí era la revelación de poder hacer y ser lo que se me cantara sin temor a ser castigada, mientras que para otras eran solamente cuarenta y cinco minutos de una clase escolar que había que pasar y listo.

Cuando Chichí abrió el Taller no fui de las primeras en empezar. Sabía que lo haría, pero llegar hasta allí requería un proceso. Algo así como buscar los caminos más convincentes para pedir permiso y justificar los beneficios productivos de ir a Expresión Corporal.

Lo conseguí y fui y abandoné y volví a empezar muchas veces. Me encanta bailar. Aún en lo complicado de las exigentes posiciones de la danza clásica que me devuelven al mundo estirada y más alta. Esbelta como Chichí Esbelta. O en lo atrevido de la danza contemporánea donde todo se abre, se sacude y se muestra descaradamente. Una explosión de energía humana.

Me gustaría bailar... pensaba entonces... aunque nunca fuera bella como ellas que bailaban, yo deseaba con toda mi fuerza interior, bailar.

Cerraba los ojos y me dejaba trasladar por la música o la historia. Abarcaba el espacio desde la locura de Vincent o desde el dolor irreparable de una niña que no vería el sol nunca más, o desde el tímido rincón del azulejo o la mancha de humedad.

Mi ser se desenvolvía desde allí donde encontraba el alimento del alma. Ir al Taller y a las clases de Chichí me llevaban hacia mí, a realizar el deseo de ser quién soy.

espacio de libertad. Un lugar donde el ritmo del pandero nos posee golpe a golpe como en los rituales ancestrales y, en un trance interior, descubrimos nuestra realidad invisible. Lo que de verdad somos.

Muchos años después, lejos en la distancia física del Taller, yendo por esos caminos infinitos a los que dudo que hubiera llegado de no haber pasado por aquella puerta, alguien me habló de los ciclópeos edificios de metal y cristal construi-

“**Ir al Taller y a las clases de Chichí me llevaban hacia mí, a realizar el deseo de ser quién soy.**”

El Taller de las Artes no es solamente una escuela de danza. No es solamente un salón con barras donde se practican técnicas y se cuida el cuerpo como a algo divino. Es un

dos sobre el agua de una bahía del desierto. Algo increíble. Arte puro, me dijo, y me enseñó una foto frívola y que no hizo más que dejar mi mirada y mi fibra intacta. Ensegu-

da busqué la imagen de una escultura de Fernando y la puse delante de mi amigo. Vi cómo le brillaron los ojos. Tomó la imagen, la miró de soslayo, la alejó, la acercó, y la voz se le entrecortó con un nudo en la garganta.

Ese día, después de varios años, encontré un vínculo para comunicarme con Chichí y Fernando y contarles lo ocurrido. Era justo el

cumpleaños de Fernando, yo sin saberlo. Sucede así en la vida, cuando uno aprende a ir más allá de lo frugal y cotidiano. Sin que eso requiera un trabajo extra ni tener poderes extrasensoriales, la insustancialidad de nuestras partículas más íntimas se pone en sintonía con el universo y nos conecta.

Desde ese día del que ahora ya ha pasado otra pila de años, co-



➤ Fernando García Curten, Chichí Tosso y María Taurizano.

menzamos con Chichí una comunicación epistolar. Ella desde su trinchera. Yo desde otros puertos en los que ella atraca dirigiendo el timón del mascarón de proa.

Chichí tiene un barco que navega por la Calle Ancha detrás de una bandada de tordos, pasa por la Terminal donde saluda a sus hijas y enfila hasta mi balcón en Guanajuato. Chichí camina la Ruta Lycia cada vez que se nos antoja y hasta ahora, siempre nos hemos salvado juntas de la serpiente venenosa de Pydnaí. Está vinculada ancestralmente a García Lorca, no por arte ni poesía sino por culpa de su madre; aunque cada 14 de julio nos sentemos juntas a comer de postre queso y dulce, y después, a la siesta, desvelemos al silencio tocando a cuatro manos la 66 de Beyer.

El universo posible es inmenso y dentro de él todo es factible.

Realidades paralelas, ubicuidad, trascendencia más allá de la muerte y más acá de la vida. Estar abiertos a creer. No negarnos la mirada a lo invisible que se manifiesta insis-

tentemente aunque todas las convencionalidades nos señalen con el dedo que eso no está ahí, que lo que se escucha no es la voz de ese ser que pasea por otra dimensión y nos sonríe.

Gracias a Chichí supe que confiar en mí misma estaba bien. Supe que el “espacio” estaba disponible. Que salir y andar estaba al alcance de mis pasos.

Comparto con ella el amor por los árboles. Especialmente. Los árboles son nuestros dioses. Los veneramos. Los árboles llevan el tiempo real intrínseco escrito en círculos concéntricos. A través de un jacarandá torcido, a través de un pino azul asesinado, en la memoria de un sauce gigante junto al que ella pedaleaba conmigo bajo cielos tropicales.

Nos encontramos también en la palabra, en los versos hermosos de otros poetas y en su propia poesía. En las hojas del eneldo, en los pueblos en que llueve, en los pueblos que luchan y donde hasta el comandante la sienta a su derecha sin chis-

tar. En frases tan simples y cotidianas como el trivial “copio y pego”. Esta noche. Y eso lo dice todo.

Mi mirada es muy vasta. Son muchos años vividos y durante gran parte de ellos he mantenido una comunicación continua, escrita y tácita. Porque a veces es suficiente con que suene *La Valse à Mille Temps* para estar de regreso en el Taller bailando de a dos aunque seamos impares. Todo es posible.

El aprendizaje ha ido más allá de los huesos y separar vértebra por vértebra, no despegar los isquiones del piso y estirar, estiro, estiro. Son las enseñanzas las que se estiran y perpetúan. Renacen. Vuelven. Reparan. Siempre están ahí. Escucho su voz. La onomatopeya del ritmo entre los dientes. Música y pandero.

No solo aprendimos las posiciones de la danza, el *plié*, el *jeté* y el *pas de bourrée*. Aprendimos lo necesario para hacernos realidad la Vida con mayúscula. Ir al reencuentro con nuestra esencia. La curiosidad por asistir al espectáculo gratuito de cada atardecer y descubrir

cómo se enaltecen los sentidos y el alma. Vivir de verdad y no pasar por la vida.

El agradecimiento por haber podido transitar ese espacio sagrado nunca será suficiente. Mucho más aún, contar con el privilegio de la comunicación y la amistad con Chichí y Fernando durante tantos años de mi vida. Su afecto entrañable. Sus abrazos sinceros. El mate *matrioshka* tan íntimamente nuestro. Jamás podré devolverles, hacer recíproco y justo mi agradecimiento y mi alegría ienorme! de cada encuentro.

Me han dado tanto y me siguen dando en cada recuerdo y en cada situación que los hace presentes y nos permite sabernos juntos aunque haya un océano de por medio. No siento esa distancia. Ni con ellos, ni con otros seres con los que he aprendido a convivir a través de símbolos y señales que se manifiestan en la piel o en el aire.

La generosidad infinita del amor. El amor invisible y poderoso. Se escapa y vibra en un destello desde

la mirada de Chichí. Su risa sonora y su voz que se apaga cuando duele. El amor que se desparrama en el aire que Chichí respira. ¿Qué otra cosa sino el Bien puede resultar de tanto amor?

Ella y su Taller. La dedicación que no transige. Renovar el rojo del buzón cada año. Recibir con pañuelos al viento y su sonrisa incansable y fresca a quienes damos el salto al escalón y nos dejamos llevar por el pasillo detrás de la puerta negra pequeña.

El amor puja y empuja. Y si lo mundano conspira en nuestra contra. Si las penas se agolpan. Si la esperanza amenaza con menguar. Cuando no queda más que un hilo delgado de voz, entonces, una noche, vuelve Infanta a comer en la ventana. La luna revela el brillo tímidо de su lomo mientras dos esferas incandescentes rayan el cielo con destellos dorados. Y vuelve a suceder el milagro. El renacimiento de esta danza que no solamente se trataba de bailar.

➤ María Taurizano es sampedrina y viajera con alma de exploradora. Transitó el Taller de las Artes de la mano de Chichí Tosso.



San Pedro no sabe lo que tiene

**Entrevista a
Marina Chediak**

La conocí a Chichí porque la tenía como profesora de educación física en la escuela. Además, vive a la vuelta de la casa de mis padres. Nosotras, en un primer momento, tuvimos una relación básicamente de vecinas. Mi mamá y mi papá conocían mucho a los abuelos de Fernanda¹, o sea, a los papás de Fernando García Curten. Fernanda jugaba en la vereda de sus abuelos, que vivían enfrente de mi casa, y yo jugaba en mi vereda. Un día pedí cruzar la calle para ir a jugar con ella, y ese fue

el momento en que comenzamos a ser amigas. Fernanda es mi amiga de toda la vida. En esa época Chichí no había abierto el taller y nosotras jugábamos allí. Digamos que conocí el taller antes de que fuera taller.



Chichí abrió el Taller de las Artes en 1976. No sé si fue en marzo, en abril o en mayo, pero sí, el año del golpe. Fui alumna de ella toda la vida hasta que me fui a Buenos Aires. Para nosotros, en lo personal, fue el descubrimiento de un mundo que yo no conocía realmente. En mi casa hablar de arte no era una moneda corriente, para nada. La verdad es que me abrieron las puertas de un mundo maravilloso para un niño. Chichí fue muy generosa en todo sentido: siempre fui becada, voy a confesarlo. Yo no tenía dimensión en ese momento de lo que significaba, de lo que aprendía, de

1 Fernanda García Curten, hija de Susana Tosso y Fernando García Curten, escritora y maestra del Taller de las Artes. Fue secretaria de redacción de *La Balandra* (*otra narrativa*).

lo que leíamos, no tenía dimensión del valor que tenía conocer esos espacios, esos lugares, la Biblioteca Popular, la casa de Pedro Suñer...



Chichí tenía un montón de conocimientos de danza, de pintura, de escultura, porque en el taller, Chichí y Fernando manejaban un concepto muy vanguardista de lo que es formarse, en cualquier situación de la vida, digamos. Te podés formar como maestra, como profesional, te podés formar en cualquier ámbito, eh. Te llevaba a ubicarte en un punto de innovación importante, de crecimiento personal. Esto lo pienso ahora que soy grande. Esa cuna de haber experimentado la danza, la escultura, conocer autores, conocer otros mundos con relación a esto es un acontecimiento personal importantísimo. El arte, las clases que yo viví en lo de Chichí son sumamente enternecedoras para cualquier niño. Tenía siete años cuando abrió el taller. Como poeta la conocí mucho después. A mí me parece que

ella lo fue develando como a cuentagotas. Me parece que se fue autorizando a lo largo del tiempo. Lo que yo entiendo es que siempre fue una gran lectora. Después, me vine a estudiar a Buenos Aires y estuve un tiempo sin esta asiduidad de contacto. Creo que en ese momento ella despegó más con la escritura. Tengo el privilegio de que me ha escrito algún poema, le ha escrito a mi mamá. Cómo te puedo explicar... Es un privilegio, es un orgullo enorme, una emoción.



Había una frase que Chichí siempre decía: "en la casa de la calle Oliveira César, la casa donde nací..."; y siempre quedaba sin especificar. Después de conocernos de toda la vida, habrá sido en el 2002, una vez le preguntó: "¿dónde era tu casa de Oliveira César, Chichí?". ¿Qué hicimos? Subimos al auto... ¡Y era la misma casa en la que yo había nacido! ¡La emoción que fue! ¡Fue increíble! Imaginate, cuánto tiempo después nos enteramos. La

misma casa que nombrábamos en la misma calle, era la misma casa. Entonces Chichí un día pasó por ahí y agarró una baldosa y ahora cada una tiene una parte de esa baldosa partida al medio, simbólica, de nuestra casa.

A mí me parece que tanto Fernando como ella son artistas de una envergadura importantísima, o sea, San Pedro no sabe lo que tiene en ese sentido.

Chichí es sumamente estudiosa, sumamente lectora, sumamente perfeccionista... Todos los viernes viajaba a tomar clase con los mejores profesores de danza de acá, de Buenos Aires. La escritura la ha encarado, a mi criterio, del mismo modo, porque te das cuenta de que lo que a ella le importa es el nivel de trabajo. Creo que ella decidió quedarse en San Pedro por el valor del origen, del espacio, de la casa, son todos lugares que son constitutivos

para Chichí, entre sus plantas, en su patio, entre sus gatos... No sé si hubiese sido lo mismo en otro lugar. Y bueno, Buenos Aires está a 170 kilómetros, vas y venís como querés.

El cierre de la Casa Museo Fernando García Curten es una pérdida infinita. Me parece que hay mucho por hacer. Es un espacio de gran valor simbólico y cultural, que ha albergado a artistas del nivel de Luis Felipe Noé, por mencionar solo a uno.

Quiero agradecer esta nota sobre Chichí. Me parece que darle lugar, que se ocupen de su obra, se agradece.

➤ **Marina Chediak, amiga y alumna de Chichí Tosso.**



No le teme a la incisión y canta

**Susana Tosso por
Gerardo Curiá**

En la poesía de Susana Tosso las palabras tienen un sutil movimiento, que es hermano de su música donde respira el silencio. La composición es precisa, se despoja y crece, hace cuerpo en sus intersticios. El velo del azar cae en el punto preciso, hay un sesgo medido en cada frase, herida y sanación.

Lo real gira sobre sí mismo, hay biseles donde las misceláneas hacen sombra, ciertos crepúsculos que denotan un pulso de cetrería. Es una Diana del lenguaje. Su mirada se atreve, en el riesgo es que escribe. Tiene la quietud de la cazadora que ha recorrido las sendas insondables. Conocedora de la fronda, la reconoce más allá de las apariencias. Abre lo cotidiano en sus múl-

tiples pánicos, en sus cuerdas que tiemblan; se deja atravesar por el instante que en su fugacidad se hace inextinguible. En el éxodo descubre a un mesías: el lenguaje mismo.

Rigurosamente tensa el arco y dispara. Esa inclinación es medida hasta en lo ínfimo. Ningún albur en esa fuga, la flecha ha de llegar al destino preciso. La resonancia se irradia, el mundo es en su misterio. Lo conocido se corre de su eje y es disímil. Nada de exiguo en el suceso, el misterio juega un mecanismo de relojería.

Lo que no ocurre habita el acontecer de las cosas y los seres. Ausencias y olvidos entonan su armonía, imprescindibles en la cadencia que hace al poema, a la existencia.

La cazadora llega a su presa, es ella misma, sus habitantes íntimos, desasosiegos y certidumbres. No hay vacilaciones, es convocada por su oficio. No le es ajeno el temblor, mas no se abandona, confía en el filo, en el corte preciso, no le teme a la incisión y canta. En la poesía, en su arte, construye su morada.

Poemas

Susana Tosso

Si el paisaje ya no está.
De todas maneras crece en regocijo su cuerpo
como la actriz de aquella película de los cincuenta
corre y estalla en una risa que la abarca
sobre este pasto, dócil
rueda
hasta que el vestido se enreda, la embalsama.

➤ Poema perteneciente al libro inédito *Ella juega*.

Ilusión de vivir en la casa de la muñeca
como Nora Helmer
salir
¿hacia adónde después del sonido dubitativo
de la puerta al cerrarse?
¿de qué lado su respiración?

➤ Poema inédito.

Jardín sin pisadas
en el desconcierto de perfumes
y colores
y picaflores
a ras del suelo;
orilla en los ojos de los gatos antes
del salto puro.
Este jardín guarda una cadencia
que a ella no la inquieta.
Este otro jardín en el que vive es el problema:
Hoja Rastrera avanza
ensombrece a otra que amarillea
Jazmín nuevo inicia su ritual y trepa
en la pared envejecida
Rama de Sauce queda en equilibrio sobre
el filo de la piedra
Canto de Pájaro allí, después lejos
Pie de mujer renuncia al jardín
desaparece ahora en la penumbra entreabierta

➤ Poema inédito.



Zdrada Słowa

Adriana Gaido

Mi abuelo era polaco y vivió en el Chaco hasta los noventa y tres años sin decir ni una sola palabra en español. Hablaba alemán, ruso, un poco de inglés y un dialecto guaraní cercano al wichi. Nada de español. Nunca. Se lo juró la noche de su primera decepción en estas tierras. Y eso que la culpa no fue del castellano sino de una palabra quechua. Pampa. La que mejor memorizó al embarcar con su pequeña fortuna para seguir con su vida de noble rural, lejos de las eternas guerras civiles y las sempiternas invasiones rusas. Hasta el cansancio lo habían instruido sus paisanos conocedores de las Américas: el puerto era Buenos Aires, tal vez podía bajarse en Montevideo. Pero las tierras las debía comprar en la pampa.

Desembarcó en un enero porteño de esos que hacen hervir las ideas y explotar las intenciones. Había salido de un puerto clandestino donde se prohibía encender fuego a pesar de la nieve y los bajoceros, después de

haber visto morir a su familia en el refugio subterráneo de la *farma*. Construido para resistir pogromos, rebeliones campesinas o invasiones, con estrechas comodidades y provisiones suficientes, no dejaba de ser un sucio y oscuro agujero en el suelo. Él siempre lo había resentido como un gran sepulcro familiar. Y al final, eso acabó siendo.

Fue el único que salió vivo de allí, y solo porque decidió no morir en un lugar que se ofrecía como salvación y que era la boca del infierno. Qué ironía... si hubiera sabido...

Algunos de sus parientes sucumbieron por hambre. Otros por frío. Los siervos, por ambas calamidades. Ya ni se molestaban en sacar los cadáveres fuera para que los comieran los lobos; era riesgoso, podían revelar el escondite. Los amontonaban en el rincón más alejado, donde se evacuaba lo poco que había para evacuar cada día y donde todo –heces y cuerpos– se envolvía con inmundicias vegetales para evitar que el hedor humano se filtrara por algún resquicio, delatándolos.

El último en morir fue su hermano mayor. Antes, le entregó la valijita donde estaba todo el patrimonio familiar y le aconsejó que huyera: era preferible sucumbir en la nieve, a cielo abierto, al menos, estaría más lejos del infierno. Fue piadoso: lo cubrió con musgos y cortezas, tomó las mejores prendas que halló –el pañuelo de seda de la madre, las pieles del padre, el sombrero del abuelo...– y salió. Los papeles-moneda que llevaba no valían casi nada, pero pagaron los servicios de otros hambrientos que, presintiendo la pistola cargada en el bolsillo del joven *szlachcic*, le

ayudaron a alejarse. Mientras, un antiguo siervo de la familia incendiaba el refugio, rezando.

Buscó el puerto por el que partían los polacos fugitivos hacia el "sur de todos los sures" y, con los últimos billetes alemanes, pagó su pasaje en tercera. Un mes y medio después bajaba del barco en Buenos Aires, sin valijita y sin abrigo. No lo necesitaría en el verano porteño. Por eso desparramó el oro familiar en bolsitas de tela que colgaban por dentro de sus pantalones y su camisa. El único problema fue el Hotel de Inmigrantes: tuvo que entregar al guardia el anillo de su abuela para evitar el baño insecticida al desnudo y la quema de sus ropas malolientes. Con su oro, sus piojos y sus pulgas, buscó alojamiento en los barrios más pobres y alejados del centro.

Le gustó la ciudad, pero él era hombre de campo.

A poco de andar por allí, un dije de oro le pagó su papeleta y un diente del abuelo la ropa, los zapatos y el sombrero nuevo. Por consejo de un paisano proxeneta, empezó a frecuentar los billares para aprender el idioma y las costumbres. Fue en uno de esos cafés donde escuchó por primera vez la palabra pampa. De a poco, con desconfianza, se fue arrimando a las mesas donde se hablaba de campos, vacas y dinero.

Una tarde de marzo le ofrecieron unas hectáreas en Pampa del Infierno por un precio irrisorio. Decían que el gobierno estaba entregando esas tierras a colonos extranjeros y por eso eran baratas. Sin embargo, costaban casi todo lo que le quedaba encima. Si no se decidía, pronto quedaría sin

fondos y tendría que conchabarse en el puerto para pagar la pensión: no era lo que se esperaba del último de su clan. Alguien deslizó al pasar que en esa pampa había una colonia polaca con muchachas rubias y gruesas esperando casarse. Suficiente para decidirse. Si era una pampa y había polacos, era lo que estaba buscando.

Tras un largo viaje en barco, tren y carretones duros, llegó a destino en el Territorio Nacional del Chaco. Un agente lo esperaba para llevarlo a "sus tierras". Le entregó las escrituras, le señaló los límites de la propiedad y le recomendó cuidarse de los "indios" que merodeaban. Y se fue.

Aquella era, sin dudas, una pampa extensa. Sin agua potable, calurosa, cargada de vientos locos, bañados y mosquitos. Bien del infierno esa pampa. Pero no era la que él esperaba, llena de trigos y vacas, alfalfa y alambradas. Si no hubiera sido un *szlachcic*, hubiera llorado de desesperación. ¿Cómo suponer que una palabra podría traicionarlo así?

Durmió bajo un árbol que lo escupió toda la noche en desprecio por su estupidez. Fue entonces cuando se hizo el juramento que mantendría hasta la muerte: jamás hablaría "esa lengua maldita y traicionera de truhanes y mentirosos".

Dos días después, acabadas sus provisiones de viaje, se resignó a su suerte y resolvió buscar la colonia polaca. Al menos en algo no le habían mentido: la encontró a menos de una legua. Lo acogieron como a uno más, sobre todo al enterarse de que poseía una buena cantidad de tierras. Una mocosa bonita y muy rubia, de apenas quince años, se le pegó

enseguida, porque él dijo precisar cocinera e intérprete. Su padre, apenas mayor que él, le ayudó a construir el rancho y armarse de herramientas de labranza. También le presentó al cacique *qomlek* que vivía en el monte lindero, liderando un clan que trabajaba para los "blanquitos" a cambio de poco más que comida. Cuando supo que el cacique también se negaba a hablar español, sellaron un rápido acuerdo: mi abuelo les daría protección frente a las autoridades y un lugar para vivir en su tierra a cambio del trabajo de la "indiada". El cacique aceptó enseguida y esa noche el polaco volvió a dormir como el *szlachcic* que era. Volvía a tener sus siervos. La tierra era feraz, no nevaba, el calor y los mosquitos eran implacables, pero las costumbres feudales eran las mismas.

Para no abundar en detalle, tres años después su *farma* estaba cercada y sembrada, los animales en sus corrales y el ranchito levantado. La jovencita de la colonia que le sirviera de lenguaraña se convirtió en su esposa, mi abuela. Cocinaba sabroso, era bonita y siempre andaba de buen humor. Y además hablaba polaco, wichi y español, resolviendo un problema importante para el abuelo.

Llegaron los hijos, las obligaciones escolares, los noviazgos, las elecciones, el progreso. La vida fue pasando y la chacra fue llenándose de mejoras. El abuelo se fue volviendo experto en lengua guaraní, pero nada de español. Obligaba a sus hijos a aprender el polaco para poder comunicarse, cosa que nunca le agradecieron.

Pasó el tiempo y todo empezó a desfallecer. Los descendientes odiaban

el campo y se fueron a buscar mejor vida en las ciudades. La "indiada" se desperdigó a causa de las enfermedades, los reclutamientos forzados, las migraciones. Solo los viejos quedaron en la *farma*: mis abuelos, el cacique y sus mujeres, un par de peones mestizos. Por las tardes, los dos patriarcas se reunían a conversar. Un poco en wichi y otro poco en polaco. Fumaban en paz y luego cada quién se iba a sus cosas. El abuelo nunca rompió el juramento que hizo bajo el árbol escupidor. En el pago todos sabían que entendía lo que escuchaba, pero jamás respondía en lengua oficial. "Polaco loco", se reían. Y eso era todo.

Murió un mes después que su amigo el cacique. Habían pedido ser enterrados juntos bajo la tipa de la *farma*, el árbol que lo vio llegar y que nunca dejó de recordarle a escupitazos su juramento. Muchos años después, las tumbas con sus lápidas es todo lo que queda bajo el tronco rajado por el rayo.

"Ni una palabra de español", rezan ambas. En polaco y en un guaraní algo inverosímil.



Nota

Esta historia me fue transmitida hace muchos años por Luciana P., de origen polaco por ambas ramas de su familia. Me pareció maravillosa y me dio su autorización para escribirla. Tal vez merezca una novela, un cuento mejor. Me propuse dejar, al menos, el relato de los hechos por si alguno se anima a más. (Gracias, Luciana).



Glosario

Farma: Granja, chacra.

Pampa: Vocablo quechua o aimara que se traduce como "llanura", pradera herbosa, pero se usó en forma genérica para señalar enormes extensiones llanas en América de Sur.

Pampa del Infierno: Actual localidad de la Provincia del Chaco, antigüamente paraje dentro del departamento de Napalpí. Allí en 1887 un grupo de pobladores se armó para sostener la usurpación de tierras realizada contra pueblos originarios, principalmente qomlek, dando lugar a la intervención del ejército. Fue durante esta campaña que recibió ese nombre, debido a la falta de agua, el calor y las condiciones extremas del lugar. Entre 1924 y 1927, se inició la colonización por decreto, destinando 54.000 hectáreas a colonia agrícola. Todas estas medidas eran las que sostenían confusiones, engaños y ventas legales e ilegales de tierras a los inmigrantes.

Szlachcic: Noble polaco.

Zdrada słowa: Palabra traicionera o la traición de la palabra.

Vagido y otros poemas

Rolando Galante

► Ilustración: Myriam Bonilla



Vagido

Ya no recuerdo
qué fue primero,
si la luz del día
o las estrellas
de un cielo sin edad,
si el aire elemental
o el vuelo de los pájaros.
Acaso haya sido,
ahora que lo pienso,
la flor por la lágrima creciendo.
O tal vez, los peces nadando
dentro del silencio mineral.

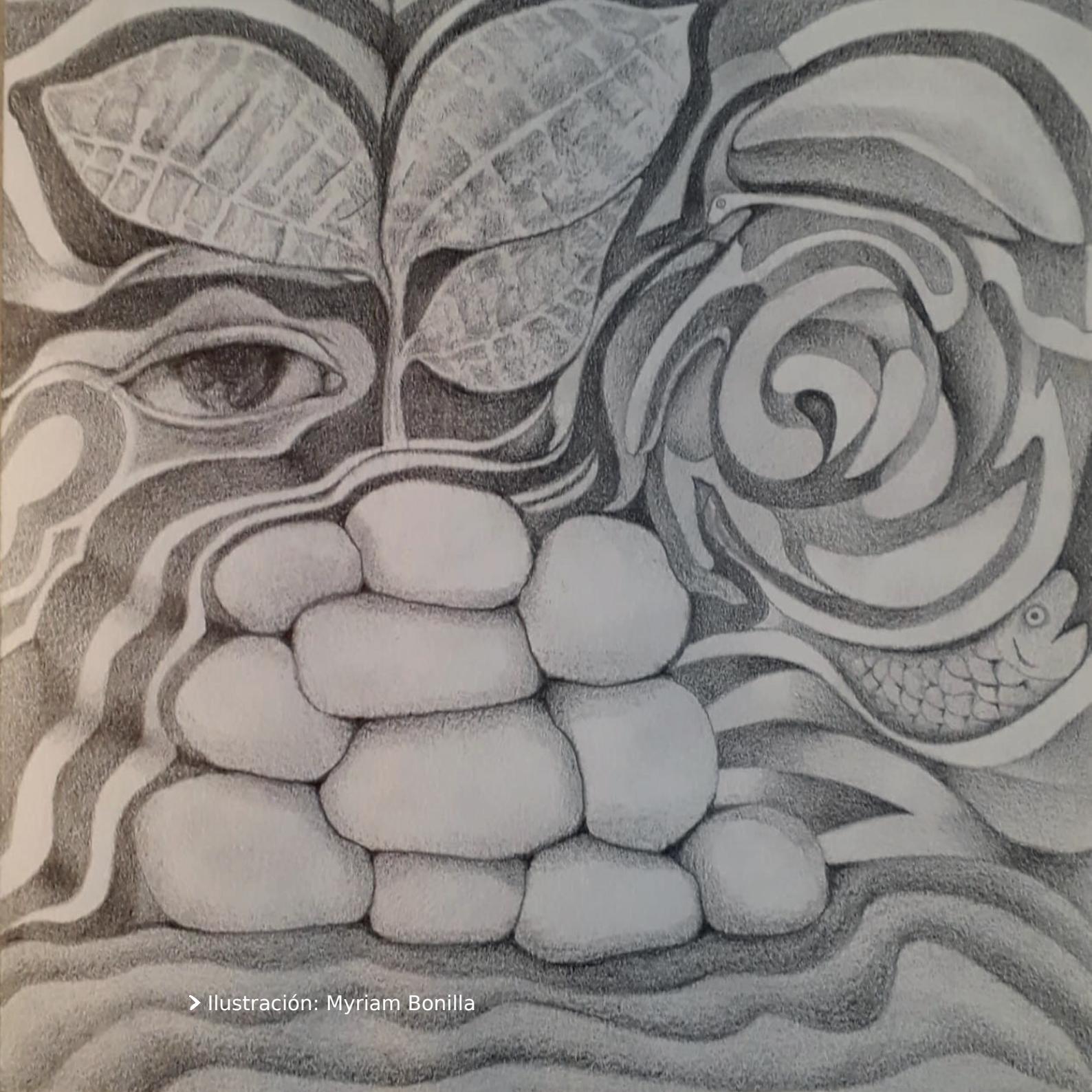
Solo recuerdo
que la tierra me contenía
en su matriz,
que en ella
estaba todo lo que era
y lo que aún no había sido,
que por ella crecía,
cambiaba, me transformaba.

Yo estuve cuando
las primeras fábulas
nacieron al amanecer
y quedaron resonando
en el aire las palabras.
Con barro o con maíz
se fue irguiendo la carne,
detrás del velo inicial,
buscando la claridad dormida
en el fondo demorado
de la tarde.

Imperceptible, yo me movía
en la húmeda sombra
subterránea
buscando en el clima
la índole vertical
de mi existencia,
hasta que de pronto estalló
dentro de mi sangre
una sinfonía interminable
de pájaros, de soles y de abejas.

Soy todo lo que crece,
su sustento y causa,
desde las antiguas
piedras que respiran
hasta el amor que me sostiene.
El grito que me habita
al fin partió la tierra endurecida.
Hace mucho tiempo comprendí
que en la sed de la flor
persiste el misterio de la vida.





► Ilustración: Myriam Bonilla

Acullico

El tiempo venía desde lejos,
entregándose de a poco.
Hasta que al fin, se les quedaba
anidando en la boca.
Restos de un cielo
que aún no se había derrumbado.
Desde la tierra,
o desde el pan amasado
esa misma mañana,
llegaba el tiempo.
A veces era un río
de aguas cristalinas
que pasaba cantando.
Otras, un pájaro muerto
adentro de una tinaja.
Ellos, simplemente,
lo habitaban,
permanecían en él,
coqueando,
mientras escuchaban
el sagrado silencio
de los siglos.

No estaba en los relojes,
siempre andaba ovillado
en los rincones del mutismo,
por la boca de los hombres
y de las mujeres
que se sentaban en las veredas
o atendían en los mercados.
Y después se iba
hacia dentro, hurano,
como un viento verde
que lleva más de ocho mil años
buscando sus simientes
de comadre,
hasta echar raíces
en el alma de las palabras
alumbradas por la memoria
de los soles.

Conjuro ancestral
que invoca a la Pacha
con hojas de coca y yista.
Pan vegetal
de milenios demorados
espantando el sueño
y el hambre.
En la Puna,
el acullico es el tiempo
que se palpa,
y que se queda enredado,
ahuyentando las soledades
y remediando las esperanzas.



Papelitos

Silvia García



➤ Ilustración: Francisco Ledesma

Empezaron a salir de las esquinas, de abajo de los bancos de las plazas, de atrás de árboles y postes. No había un orden ni una orden, solo aparecieron de a miles, en silencio, mudos, repartiendo papelitos que, al principio, la gente rechazaba (pensarían que eran uno de tantos pidiendo plata).

Con cada papel la gente empezaba a gritar, sin una razón, con rabia, alegría o llorando.

Gritaban...

"¡No le pegues más!"

"¡No me sale la tabla del dos!"

"¡Él me empujó!"

Gritaban...

"¡Me lastimé!"

"¡Me lastimó!"

"¡No me lastimes!"

Gritaban...

Risas.

Canciones.

Rayuelas.

Los gritadores eran adultos, jóvenes, grandes...

Los repartidores, solo niños y niñas, solos, solas, mudos, mudas...

Los papeles decían: "¿Podrías gritar por mí?".

Poesía y prosa

Melina Mendoza



El potrero de mis sueños

La experiencia me dijo que jugaba bien de 9
La voz
La voz me lo dijo
"¡Paladar negro! Cuánto a que no lo escuchabas desde tus abuelos..."
"Vos sí que te corrés todo, loco"
El calor
El calor me llevó para otro lado
donde solo estábamos la voz y yo
cuando quise acordar,
casi sin mirar la pelota
me di vuelta, todavía maniobrándola,
y me comí flor de patada
del forro del hijo del Mati
tragué barro
quedé clavao
una pata acá
la otra allá,
los huevitos dónde,

pa.
Me dice la voz
Ni abrí los ojos
pero sentía la mirada
Algo de eso me decía la voz
No podía oír
pero imaginé
la alquimia de las puteadas y las risas
metal pseudohombría
El calor
Ese sol pateándome la sien
y una mano que lo interrumpió
"¿Cambiamos?"
me sopló, insolente.
"¿Qué?"
la voz se hacía carne.
"Dale, pajero
es como dicen
un buen 9 puede ser un buen 6"
se rio inocente
le faltaba una paleta
al chino.
Las cargadas

Caminar entre cargadas es como
que te caguen todas las palomas de la ciudad
de un tiro.

La voz se unía a ellas
La voz me bastardeaba
hablándome de mi posición de casi espectador
estaqueado en el barro
y en un verano
mientras lo dulce estaba en el arco contrario
los gritos me quedaban lejos
a pesar de que mi cuerpo estuviera solo a metros de sus cuerpos
flacuchos
en cuero
mojados y quemados
negros

La voz era el sol cortándome la cabeza
con un hacha
mi cabeza rapada por mi vieja
que rapó también a mis hermanos y
a mis primos.

Cuando quise acordar
uno de los monos
la mandó como animal

que hasta distraído
la pude parar con el pecho
y patearla de vuelta
donde debería haber estado yo
para ser el enganche perfecto
patear ese centro
y que el Nico hiciera uno de esos golazos
tal vez con la cabeza.
él tenía el pelo largo
qué le habrá dicho la voz sol
mis huevitos
perdón pseudohombría
Ese podría haber sido el peor sábado
hasta que escuché la voz
no esa voz
la voz del Gambita,
ese chabón de como treinta
que algún que otro sábado iba
a transpirar la frente con los pibitos
Le cabía esa.
El Gambita me dijo
“Cómo tapaste esa pelota,
maestro”

"Maestro"
y tener trece años fue otra cosa.
Los ojitos del Joaco
que estaba de arquero
me veían fantasiosos.
Ambos
comprendimos.
Inflé el pecho y me hice el gil.
Uf, la voz...
Me acordaba hoy de esto
cuando estaba en el tren y vi
a un nene
que parecía tener trece, cargando
una caja con libretitas,
con una raspadura en la rodilla
y una remera del Inter
Le sonréí
Me hizo cara de qué mirás
Está bien
Miraba su raspadura y el sol
que entraba en la ventana de sábado de tren y fútbol de barrio
y que se incrustaba angelical en la herida
Pensar que ya tengo la edad del Gambita

pero no veo una pelota
ni de trapo
hace años
y estoy todavía más gordito.
La única lastimadura me la hice la semana pasada
en la fábrica y se deja ver un poco
después de la bermuda de jean gastado.
El tren se paró y el pibe se tenía que bajar
sin querer me golpeó con su caja y me pidió mañosamente disculpas
y yo le dije
"no pasa nada, maestro"
su carcajada
me hizo sentir el tipo más goma
de todo el transporte público de la historia del mundo mundial
y la voz me decía
acusativa y cómplice
¿te acordás lo muerto
que eras con la pelotita?
La pseudohombría nunca olvida esas cosas.
Dos pies izquierdos
pero jugando en el potrero de mis sueños.

1976

Y se calza las botas. Esas botas que hablan Noche (y a las cuales bien sabe sacarle chispas). Toca su desnudez, su blanca, huesuda y fría desnudez; y se lee en el espejo. Prende un cigarrillo y lo desciende desde la boca hasta las caderas, mientras el humo sube por encima de la cola, deshaciéndose por la zona del pecho, antes de llegar a la cara. Como un beso. Cierra los ojos. Un piano, tal vez en su imaginación o tal vez no, y sus ojos cerrados.

Si se animara a unos guantes brillantes, sería la mismísima Rita Hayworth preparándose para un estreno. Mira en la caja de aquel cassette que le robó a su prima, toda la saturación que quiere para sí y para las diez de la noche, la porta entera. Ajustando una campera de cuero que ya es casi un uniforme, encara la calle.

La actitud, el mentón en alto, el peinado inmune a cualquier viento de junio. Todo es prescindible excepto ese par de gloriosas botas, que explotan en la puerta del bar y parecen no tener peso ante los ojos ajenos, que las ven saltar apenas conocen el ritmo.

La oscuridad seca es interrumpida por unas luces de colores casi aleatorias que revelan otros maquillados que miran, admirán y deseán. Entre giro y giro de cuerpo y cabeza, entre trago y trago, advierte a una Siouxsie Sioux, un Prince, un Rod Stewart. Cierra los ojos y fantasea una infinita

orgía, sobre sábanas de seda violeta en un cuarto con luces azules, con trajes y juguetes sexuales de lentejuelas multicolores. Despierta del trance en una risa y copia el movimiento de las manos de un precioso Brian May, quien se detiene precipitadamente y se volteá, advirtiendo que ya es tarde. No hace falta repetirlo dos veces.

Cual auténtico duque blanco, carga su saco al hombro y prende un cigarrillo, dejando atrás todo aquello que no podría contarle a mamá y a papá. Entre giro y giro de cuerpo y cabeza, entre trago y trago, no siente el frío violento de pleno invierno, ni siquiera llega a percibir el ruido del vehículo parando a metros de él o los tres tipos que lo tiran al suelo. "Documentos", escupe una voz sin rostro, pero con un par de botas negras que le castigan Noche. "Puto de mierda", aúllan las hienas.

Tantean sus bolsillos y nada. Pronto amanece, se escucha el motor arrancar y décadas, décadas después, aún nada.



Patio

Román Solsona



El rocío insiste, todavía. Junto al laurel, dos teros gritones. Hay kilo y medio de camotes sin pelar, un vino enjarrado. Las alpargatas al sol y las hojas al suelo: otoño. Un táper con bizcochuelo y el mundo es de vainilla. Los fondos del barrio desperezándose mientras un par de manos se secan en el delantal. De a una, las músicas trepan el tapialito. Entonces, si el viento sopla, de la esquina me llega la zamba del viejo Pérez. La canción que viene del jardín de Ramona habla bajito, como ella. Un tango se apaga y se enciende el que sigue; si hoy anduviera por acá, diría que es don Oronel. ¿Y si fuese, qué?, pienso, mientras le recuerdo las chuequeadas y su andar de chamamé. En eso, a la altura del limonero, se asoma una cumbia que desafina a grito pelado; es una mujer que aún no sospecha de qué sencilla manera iluminó las casitas vecinas. "Deja que pase un momento / y volveremos a querernos", canta, y no sé por qué la presiento bailando. Desde el techo del galpón los gatos del Ángel pueden ver todo, hasta los tordos migrando, hasta el sol poniéndose más allá del tanque de agua. Justo ahí, durante el vuelo negro alumbrado, del lado del almacén empiezan a sonar los trinos de una guitarra criolla. Y cuando pesa la quietud de los cuerpos confinados, las paredes son las alas de este patio que vuela.

Poemas

Gerardo Curiá

> Fotografía: Ana Barros

La piedra azul y los suicidas

En la palma de su mano
descansa una piedra azul
y en el centro de la piedra
la constante fuga del presente
gira sobre la memoria
hacia un limo fértil
donde germina la cepa
más preciada del dolor.

Romperá la piedra
macerará su fruto más secreto
para saciar su sed,
gozará del agrio sabor de la angustia.
Borracho de sombras,
bailará desnudo sobre la ausencia.

Por la mañana lo encontrarán
colgado de una soga rústica
con su hermosa carne
en la intemperie de un patio
donde han crecido las hojas de septiembre.

La piedra azul y el ángel

Un ángel
sentado sobre una piedra azul
mira
con sus ojos de ámbar
el vuelo frágil de un gorrión
sobre el espacio
y el aire tibio tiembla.

La mirada del ángel
traspasada de vacío
se vuelve
agua de cielo en un instante
y las manos de un niño
con las palmas abiertas
la atraviesan.
Es que algunos niños
pueden cruzar lo inalcanzable.

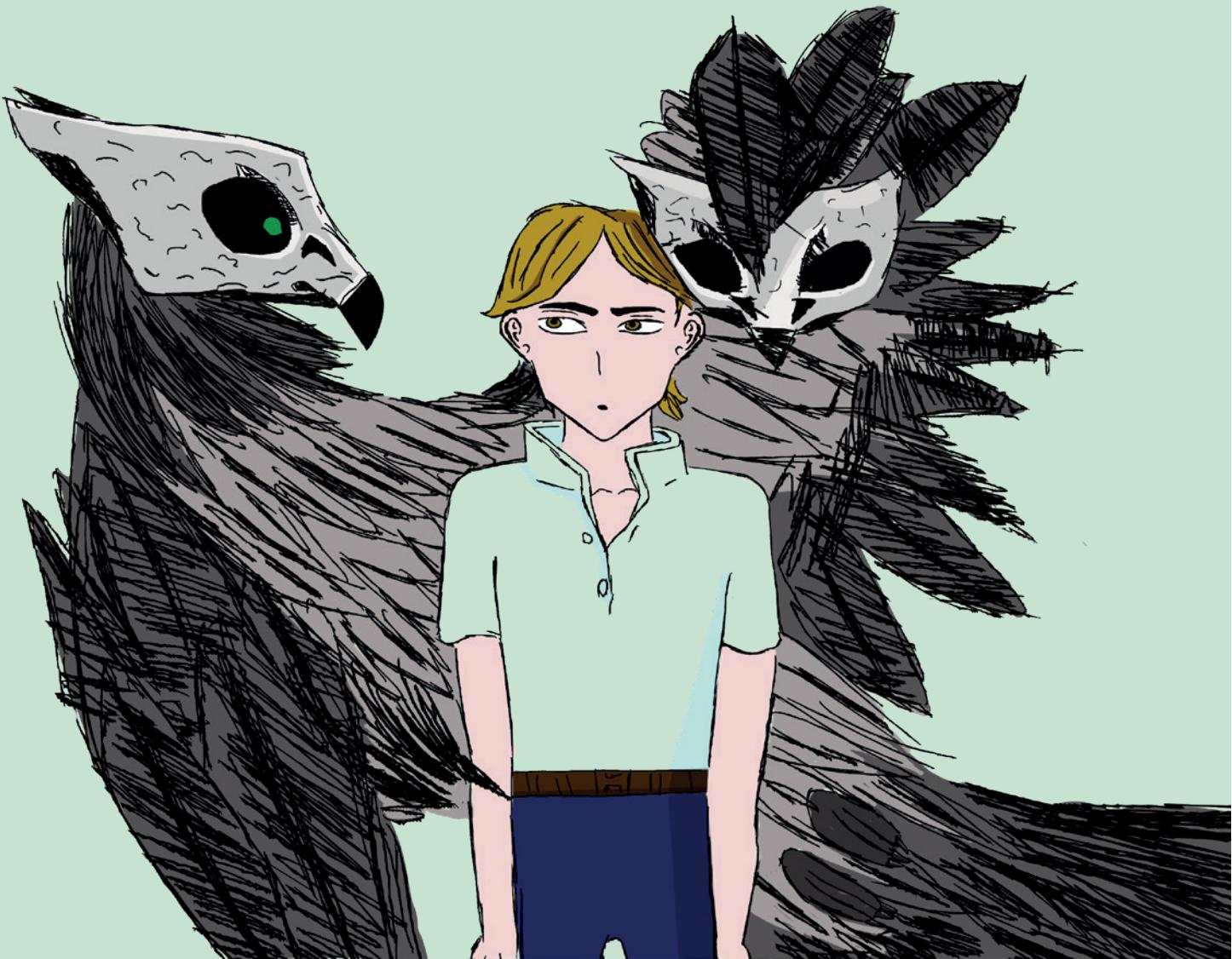
Olor a fruta y a distancia,
y esa cóncava profundidad de los silencios
donde solo hay un niño y un ángel
entre los durazneros cargados de frutas maduras
y los gorriones gordos de tierra y de luz.

El ángel y el niño se miran
con la ternura de los seres
capaces de amar lo sutil.
Y los árboles
no tienen sombras.

➤ Estos poemas pertenecen al libro *Serie los suicidas* (poesía), 2005.

Buhopresor

Charly Olivera



> Ilustración: Ulises Albornoz Raptis

Sus ojos verdes, profundos cual abismo luminoso, penetraron hasta lo más hondo de los pensamientos del joven. Posado en la rama de un sauce, frente a la ventana de la casa, el buhopresor lo vigiló día y noche. Lo persiguió hasta la escuela, lo encontró en cada callejón apagándole cada cigarro, cambiándole los canales de televisión, cronometrando rigurosamente que se cambiara a tiempo para ir a la iglesia. El buhopresor lo moldeó a su imagen hasta que el joven estalló en plumas, en ojos verdes profundos cual abismo, posándose en la rama de algún sauce frente a alguna ventana, volviéndose buhopresor de algún otro joven.



Los poetas de Babel

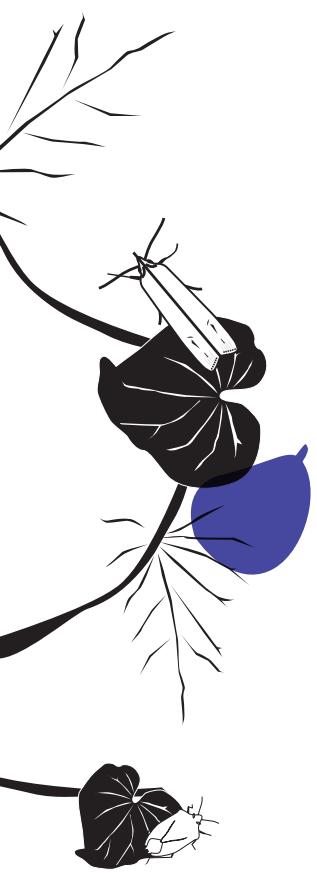
Emanuel Maffioly

un abrojo de lapislázuli
encarnado
encallado
criptado
en los vellos de mi pierna

lágrima fosilizada
de pétalos en los párpados

solo atestiguada por esos ojos
aquejados que la engendraron
en la fiesta visceral
con mascarillas de barro y hojas
higos y bichos
semillas rojas hechas puré





ese abrojo habla
su líquida voz añeja
enuncia
la aurora desastrosa
un rincón la cama la sombra
la ruina el sofoco

qué lejano suena ese momento
ahora

la labor
reconstruirse célula a célula
como ladrillos
desde adentro

los poemas de Babel
con sus poetas heridos
fusilados por el rayo
y sin embargo
sus lenguas
aún vivas
vociferando versos
los poetas con las alas capadas
cayendo de las alturas
y sus últimas palabras

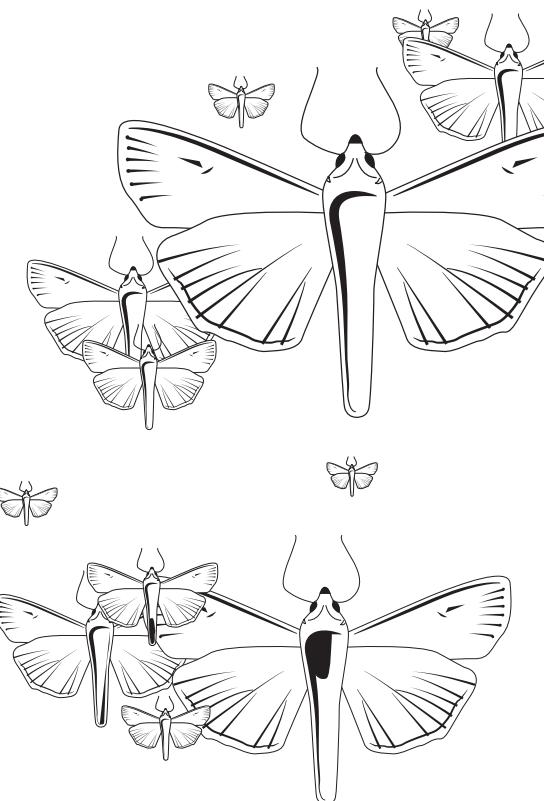
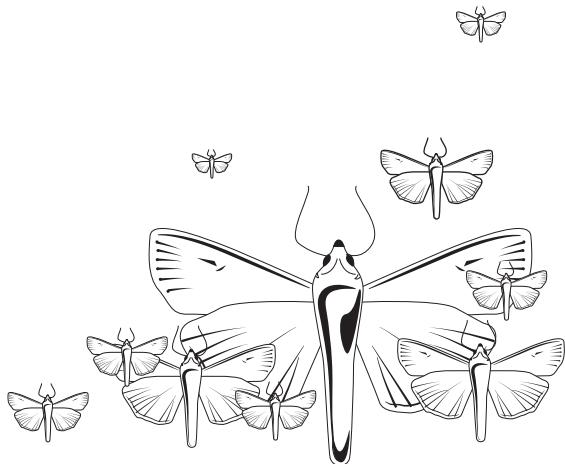
qué lejano suena ese momento
ahora



Poema

Marina Seery

Un vestido,
la espalda al descubierto,
un vestido largo, suelto,
un vestido que al caminar dibuje figuras.
Un color, distinto a todos, fuera de las mentes
y un aroma que los envuelva,
y yo sonreiré viendo al mundo arrodillado a mis pies.



El faro de la colonia

Diego Rodríguez



—¡Allá viene el cura!

Al galope venía el religioso con la melena rubia y el crucifijo al viento. La bandolera le cruzaba el pecho y en la alforja, el infaltable maletín. Camisa negra, pantalón negro y hasta el sombrero que colgaba en sus espaldas era del mismo color. El cuello clerical resplandecía como su tez blanca, que contrastaba con los pómulos enrojecidos por el sol de frente.

Lo traía Rocinante, un tordillo, regalo de su amigo John. Así surcaba la colonia en su misión, chacra por chacra, estancia por estancia, recorriendo caminos o cruzando campo. Vadeando arroyos, ríos. Era su pasión.

Rocinante fue aminorando la marcha. Del galope pasó al trote y luego al paso elegante que le daba un porte de caballo de raza.

—*Good morning*. Disculpe. Buenos días, don Acosta. ¿Así que acaba de nacer un pequeño? Lo felicito —dijo el cura en un castellano de recién llegado.

—Buenos días, padre. No sabía que vendría un cura inglés.

—Disculpe, irlandés.

—¿Y no es lo mismo?

—No, mi amigo. Ellos son un poquito invasores —dijo el cura sonriendo.

—Bueno padre, pero usted tiene pinta de hombre bueno. ¡Por algo se ha fijado en nosotros!

—Cristo mira a todos por igual, así que ¿dónde está el nuevo integrante de la familia?

—Pase que se lo presento. Tómese unos mates que ya llegan los padrinos.

—¿Podría ser un té?

—¡Pero cómo no! El patrón nos surte de todo un poco. Pero, primero unos mates... para hacerse criollo.

—Está bien, don Acosta. Si un gaucho me invita, icómo no lo voy a aceptar!

El sulky comandado por don Aureliano enfiló para el rancho. Lo acompañaba su esposa María y cinco de sus ocho hijos. Miraron azorados al cura rubio, ya vestido con los hábitos para la ceremonia, paradito debajo de la sombra de un paraíso.

El improvisado altar era una mesa cubierta con un mantel blanco. Sobre ella, el maletín parado en forma vertical como un libro abierto. Dentro, un pequeño atril que sostenía la Biblia escrita en latín. El cáliz sobre la mesa, y delante, una cruz pequeña que presidía el lugar solemne. Hacia él se congregaron los invitados criollos con sus mejores galas. Así lo ameritaba la ocasión.

El hombre rubio cerró los ojos y meditó unos instantes. Pensó en Cork, su pueblo. En su niñez de pastor. En sus caballos. En su patria lejana. Pero ahora estaba acá, con estos pastores. Hombres de a caballo como los de su tierra.

Comenzó a pensar la misa en castellano. Un idioma que manejaba bien en la ciudad, pero que le costaba entender pampa adentro. Suspiró. Hizo la señal de la cruz e inició la ceremonia.

El respeto hacia el nuevo cura se impuso hasta en los niños que se sorprendían con el acento y las palabras nuevas que escuchaban.

—Rudecindo Manuel Acosta, hijo de don Ramón Acosta y de doña Jacinta Corbalán...

Tomó en brazos al niño y lo alzó hacia el cielo agradeciendo la bendición del Todopoderoso. Los invitados lo felicitaron con respeto y lo invitaron con un gran asado. Mientras transcurría el festejo criollo, los niños se apoderaron de Rocinante, que gustoso los paseaba.

—¿Le gusta el asado, padre Frankery?

—Flannery, mi amigo. Pero dígame padre Edmundo. Y con respecto al asado... ¡Lo mejor del pago!

—¿Así que están construyendo la capilla? —preguntó don Aureliano, flamante padrino.

—Sí, don Segovia. Están yendo bien los trabajos. Si el tiempo nos acompaña, para la próxima primavera la obra estará terminada.

Rocinante seguía divirtiendo a los criollitos, que lo perseguían con los petisos.

—Bueno, familia, los tengo que dejar. Me voy para el pago de Arrecifes.

—Padre, le quiero agradecer su atención de parte de mi familia —dijo don Acosta, y le estrechó la mano.

—También los Segovia le agradecen —agregó don Aureliano, más efusivo, dándole un abrazo.

—¡Padre! ¡Padre! ¡No se olvide la valijita para bautismos! —le gritó Froi-

lán, y le alcanzó uno de sus elementos de misión.

—¡Gracias, Froilán! Don Acosta, espero su aviso ante cualquier necesidad. Y de paso, Rocinante vendrá gustoso a jugar con sus nuevos amigos —dijo el Padre mientras los niños seguían acariciando a su fiel compañero de caminos.

De un salto el cura irlandés montó el caballo. Levemente tocó sus ancas y enfiló para el lado del arroyo de Burgos, en busca del camino real.

El ombú explotó de pájaros. Las vacas que pastaban tranquilas pararon las orejas. Los caballos giraron sus cabezas hacia el norte. Doña Jacinta suspendió el repulgue de una empanada y se asomó a la puerta del rancho. Don Acosta, brazos en jarra a la cintura, sorprendido, pensaba qué podría ser lo que escuchaba...

—¿Oíste eso? —preguntó Jacinta acercándose a su marido.

—Sí, querida. ¿Qué será?

El sonido se volvió a escuchar. Venía desde lejos.

Ahora sí lo entendieron. Eran campanas. Retumbaban en toda la colonia. Un jinete se acercaba por el camino. Al llegar a la tranquera gritó como aviso:

—¡Don Acosta! Hoy se inaugura la capilla del inglés. Es a las once.

—¡Muchas gracias, Jhonny! —correspondió al aviso el criollo.

Jacinta y Ramón se metieron en el rancho.

—¡Vamos chicos, a cambiarse que vamos a la capilla!

—Madre, ¿qué nos ponemos?
—La ropa de fiesta ícomo pa'l bautismo!

Don Acosta a las riendas del sulky, sentado en el extremo de la tabla que usaba de asiento. En el otro extremo, doña Jacinta, y en el medio los dos niños más pequeños. Como escoltas, Froilán y Jacinto con sus petisos.

Llegaron a un cruce de caminos.

—¡Buen día, don Acosta! ¿Van para la misa?

—¡Buen día, don Kilmore! Acá nos ve, toda la familia Acosta. Vamos a ver la obra de don Frankery.

—¡Flannery, Acosta! El padre Flannery —le aclara el vecino irlandés.

—Tiene razón. Me cuesta decir el apellido del cura irlandés y ahora... criollo.

—¡Pasan ustedes, que los seguimos!

La caravana de sulkys, americanas, carros y jinetes se va engrosando a medida que pasan por las chacras. Las campanas se oyen cada vez más cerca. Ya se divisa la torre del campanario. Hacia allí van los fieles. Van hacia el faro de la colonia. Hacia la capilla de San Patricio.

➤ Este cuento pertenece al libro *Santa Lucía, cuentos de pueblo*, Dunken, 2014.



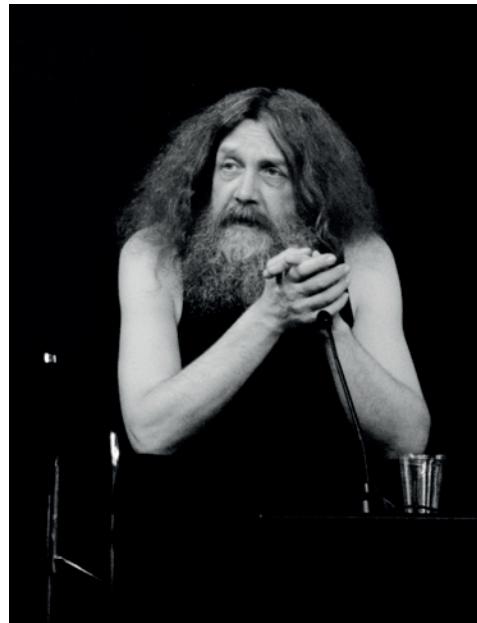
Alan Moore, el traficante

› Gonzalo Sueiro

La magia en sus formas más tempranas es habitualmente designada como "el arte". Creo que esto es completamente literal. Creo que la magia es arte, y que ese arte, ya sea la escritura, la música, la cultura o cualquier medio es literalmente magia.

Alan Moore¹

Podemos llamarla *historieta, novela gráfica o cómic*, siempre tendrá un origen espurio, un subproducto de la literatura de aventuras del siglo xix, una forma de entretenimiento



1 Las citas de Alan Moore fueron extraídas del documental de Dez Vylenz *The Mindscape of Alan Moore*, del año 2003.

para el consumo popular e infantil. Una literatura a veces simplona o repetitiva que abusa de sus recursos narrativos. El problema de sostener esta creencia es lo que nos estamos perdiendo. Autores como Frank Miller, Héctor Germán Oesterheld, Neil Gaiman o de quien nos ocupamos hoy, Alan Moore. Verdaderos artistas, poseedores de una voz narrativa genuina, que, desde la historieta, hacen literatura sin menospreciar a sus lectores y revalorizando el género. Historias que no podrían ser contadas de otra manera.

Autor nacido en Northampton, Inglaterra, en 1953. De origen humilde, se define como un trabajador: “en mi trabajo de narrador, trafico con la ficción, no con la mentira”. Vemos que la tarea de narrar es un

trabajo. Moore nació en un barrio de clase obrera, y antes de convertirse en guionista de historietas, fue obrero en una curtiembre.

Contar no implica mentir. La ficción es una invención. Por eso, sus personajes, por más extraordinarios que parezcan, no abandonan la esencia de lo humano; entonces, en sus obras profundamente humanistas y existencialistas, podemos leer personajes que buscan trascender las limitaciones humanas sin perder esa esencia.

Si bien para 1984 ya está trabajando en *V de Vendetta* (1982-1987) para la revista *Warrior*, su nombre comenzó a reverberar cuando realizó su primer trabajo para DC Comics en *La cosa del Pantano* (*The Swamp Thing*) (1984-1987), planteando una

“

**En mi trabajo de narrador,
trafico con la ficción, no
con la mentira.**

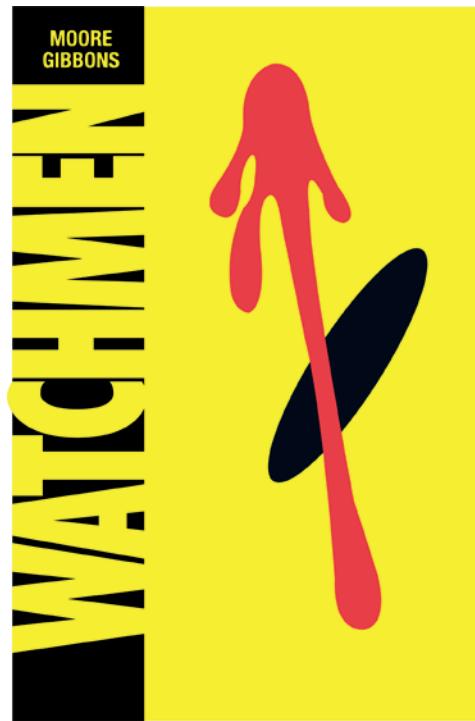
”

forma novedosa de ver las historietas –algo que ya venía realizando en la serie *Miracleman* de 1982– y excediendo el alcance de lectores de cómics.

Alan Moore interviene en la historieta desde lo procedural: abandonando el texto didascálico, las onomatopeyas y los globos de pensamiento, introduce nuevas diagramaciones para las viñetas. Esto involucra al lector en su quehacer, lo revaloriza como lo que es. Pero no solo concibiendo nuevos procedimientos o creando mundos y personajes nuevos, también rompe ese primer nivel de lectura de todo cómic que es la lucha del bien contra el mal, tomando personajes como Batman, Superman o Swamp thing e introduciendo una nueva dimensión en la historia. Hay un antes y un después de Moore, claramente.

Tanto *V de Vendetta* como *Watchmen* dialogan con su tiempo. Ambientadas en futuros distópicos, con personajes extraordinarios pero completamente humanos. La historia de *V* no deja de reflejar el gobier-

no represivo de Margaret Thatcher, la pérdida de derechos y libertades del pueblo británico. *V* es el personaje que encarna los valores anarquistas con que se identifica el autor, pero también conlleva una mirada romántica y nostálgica al mismo tiempo. Una característica en sus obras. Hemos sido arrancados por la fuerza del mundo y arrojados a una existencia banal, sin belleza ni magia. El



contexto de la guerra fría, la posible guerra nuclear y la destrucción del mundo son el escenario mitológico en que se desarrolla *Watchmen*.

Sin embargo, hay una actitud positiva, un resquicio, a pesar de cierta atmósfera pesimista en torno a una sociedad que ha abandonado la belleza. Siempre hay una grieta para la esperanza, a pesar del dolor y el miedo. Es algo que leemos en personajes como Evey en oposición a V, en *V de Vendetta*. Seguramente Moore rechazaría de plano lo que digo, aunque no dejamos de pensar en esto al leerlo.

Reniega de la idea del arte y la escritura como simple forma de entretenimiento. En su visión, estas ideas son portadoras de una fuerza transformadora, capaces de traficar y esparcir un conocimiento arcano, mitológico, hermético en el sentido que tiene para la filosofía alquímica.

Con una mirada crítica sobre la contemporaneidad que le toca, en sus historias confronta un mundo corrupto que busca alejar a la humanidad de la belleza, explorando

todos los sentidos de esta: el sexo, el amor, la amistad, la valentía. Los personajes, por más sorprendentes o pertenecientes a un mundo fantástico como La cosa, no dejan de sufrir los males que soporta cualquier ser humano: la opresión, la discriminación racial, la cárcel, la tortura, la violencia.

Alan Moore se nutre de la mitología, de la alquimia, del ocultismo y la magia para dar forma a sus historias. Rescata la idea de construir un mito que pueda dar cuenta de nuestro origen como partes de un todo y lo hace de una manera estéticamente bella.

En 1988 es convocado para participar de la serie de Batman y, si bien no quedará conforme con su trabajo, escribe una pieza de antología: *Batman, la broma asesina* (*Batman: The Killing Joke*). Toma los dos personajes centrales de la historia y no solo le da al Joker un origen, oscurece una historia que hasta el momento planteaba claramente los espacios de luz y oscuridad, la locura y la razón, el bien y

el mal. Moore diluye esos bordes en cada viñeta. La escena final de Batman y el Joker es maravillosa.

Watchmen es la obra en donde desarrolla toda su creatividad: desde las viñetas, el argumento, los personajes, todo funciona pieza a pieza. Considerada una de las obras más importantes de la literatura del siglo xx, extrae los personajes de superhéroes de la comodidad de su superioridad moral, muchas veces plana y por lo tanto sin profundidad, para humanizarlos, tornando el propio mito en algo mucho más complejo. Esto no significa que sea ininteligible, sino que la opacidad es la ambigüedad que provoca

vivir, les otorga una dimensión que hasta el momento no tenían.

Alan Moore no busca llevar la historieta a la literatura sino reivindicar el género dándole un prestigio y una profundidad que lo haga visible como tal. Algo que en nuestro país realizó Oesterheld con *El Eternauta* (1957-1959), con menos trascendencia en aquella época, pero revalorizado en la actualidad.

El cómic, la historieta o la novela gráfica son formas válidas para contar determinadas historias que solo pueden ser dichas de esa manera. Es el trabajo de un traficante: oculta entre los colores, las líneas y las formas, viaja la palabra.



Biografías

Ulises Albornoz Raptis nació el 29 de septiembre de 2009. Tiene once años y le gusta leer manga, mirar anime y jugar videojuegos.

●
Ana Barros (CABA, 1976). En San Pedro desde 2013, ama la fotografía, la música, la literatura, el yoga y viajar. Graduada en Terapia Ocupacional, eligió la salud mental comunitaria y la equinoterapia. Mamá de Agustín de 6 años.

●
Myriam Patricia Bonilla (CABA, 1961). Es docente de Artes Visuales en escuelas públicas primarias y secundarias. Participó en muestras colectivas en CABA y San Pedro, donde trabaja como profesora desde 2001.

●
Hernán Carbonel escribe para el suplemento literario de *La Gaceta de Tucumán* y la revista *Acción* y es coordinador de redacción de Fundación La Balandra. Da talleres de lectura y lleva adelante el club de lectura Coda. Publicó *Antiguos dueños de la tierra*, *El chico que no crecía y otros cuentos*, y *El caso Arroyo Dulce*.

●
Nazarena Catalano (San Pedro, 1984). En su adolescencia, obtuvo premios y menciones en los Torneos Juveniles Bonaerenses. Luego, se dedicó al estudio, el trabajo (profesora de Economía) y las danzas folklóricas. Escribe esporádicamente y publica en las redes como Xana Coreta, buscando reafirmar su propia voz.

●
Gerardo Curiá (San Pedro, 1968). Integró antologías en el país y en el exterior. Realiza los encuentros Literatura Viva, junto a Lidia Rocha y Número Vivo. Codirige con Lidia Rocha, Jorge López y Federico López el Festival

de poesía en San Pedro. Conduce Moebius, un programa de radio de literatura y arte.

●
Jorgelina Escudero (Pergamino) tiene veintitrés años. Su interés poético se despertó en la infancia. Profesora de Lengua y Literatura desde 2020. Actualmente, cursa la Licenciatura en Enseñanza de la Lengua y la Literatura en la Universidad Nacional del Litoral.

●
Adriana Gaido. (San Pedro, 1961). Estudié, trabajé, milité, parí, abogué, leí y escribí. Y me jubilé de casi todo eso. Vivo en la ladera de un cerro, estudio quechua qosqo qollao, edito la revista *Ñuñorco, sin pretensiones*, ruego que haya sol cada día y tengo el privilegio de seguir respirando y pensando por mi cuenta. Lo demás es puro chamuyo.

●
Rolando Galante nació y vive en Rojas, provincia de Buenos Aires, pero se reconoce un hijo histórico, político y cultural del pueblo latinoamericano y de la vasta extensión de su paisaje. Además de poeta es docente. *Canto de tierra y de pan* es su único libro publicado.

●
Rocío García. De Ibicuy, Entre Ríos. Docente de Artes Visuales. Investiga sobre pintura, composición y color. Muralismo y arte público. Arte textil y animación. Es parte de La Correntada, movimiento de trabajadoras del arte.

●
Silvia García (1959). Vive en Pueblo Doyle. Trabajadora social, murguera, enseñadora y aprendedora, artesana. Escribe y lee, escucha y habla. Baila y festeja. Cree en la vida y el ser humano.

Alejandro Gómez Monzón (1985). Poeta, ensayista y profesor de Letras. En 2010 publicó el libro de poesía *Entre gallos y cuervos* en la editorial Press Scripta. Su libro de poemas *Los silbidos que afilaron las piedras* obtuvo en 2017 el primer premio del Concurso Nacional de Cuento y Poesía Adolfo Bioy Casares.

●

Marcelo "Mache" González. (San Pedro, 45 años). Diseñador Gráfico (UBA), Motion Graphics Designer, animador, ilustrador, caricaturista. Trabajó para Disney LA, FOX, Discovery Kids, Much Music, Canal 7, Ministerio de Cultura, Encuentro, Paka Paka, Fundación AVON, Natura, Radio Nederland y otros. Trabaja en un proyecto por el 70 aniversario de la TV Pública.

●

Francisco Ledesma (San Miguel, 2008). Se mudó a Pueblo Doyle en 2010. Fanático del fútbol y de San Lorenzo. Dibuja historietas. En 2012 nace su hermana Catalina, con la que realiza cortometrajes de ficción. Desde 2013 vive en Santa Lucía con su familia.

●

Emanuel Maffioly (Zárate, 1986). Profesor de Artes Visuales. Forma parte de diversos grupos de artistas, movimientos culturales, participaciones zonales, colectivos y difusiones.

●

Melina Mendoza. Poeta, escritora y periodista cultural. Estudia Letras en la UBA. Investiga sobre representaciones de la monstruosidad en las distintas disciplinas artísticas y literarias. Colabora en múltiples medios digitales.

●

Charly Olivera (Lanús, 1998). Tiene 22 años. Se autopercibe sampedrino. Cantante, compositor y actor independiente. Amante del escenario, la hoja en blanco y la guitarra. Participó del Taller de Antiescritura de Luciana Baca, donde descubrió su obsesión con la microficción y sus deudas con la poesía.

Diego Eduardo Rodríguez (Santa Lucía). Fue profesor de educación física. Actualmente es kinesiólogo y docente universitario. Desde hace diez años se dedica a la historia y a la escritura como aficionado. Colabora con el Museo del Centenario de Santa Lucía.

●

Camila Rotundo. Sampedrina de 31 años. Diseñadora Industrial de formación. Con gran curiosidad por aprender y conocer lo más que pueda, y con serios inconvenientes al querer hacerlo todo al mismo tiempo.

●

Pablo Secchi (1978). Es albañil, hincha de San Lorenzo y pescador. Su paraíso está en la isla donde solo tiene un rancho. Siente un amor inacabable por las palabras.

●

Marina Seery es directora del Espacio Wojtyla de formación actoral. Dramaturga y actriz. Escribe *Bailar sin ataduras* para Teatro por la Identidad. Actualmente actúa y dirige *Yo soy una flor de la montaña*. Dirige las obras *Bailar sin ataduras*, *Un sábado y Verona*.

●

Román Solsona. Sanpedrino con n. Hacedor de radio y librero: laburante de la palabra. Tuvo varicela y caramelos en los bolsillos. Se coló en un circo. Vendió duraznos en la ruta, plantas golpeando puertas. Treinta y siete, un puñado de ausencias y sin embargo tanto amor.

●

Gonzalo Sueiro es Profesor de Castellano, Literatura y Latín.

●

Juan Manuel Terré (San Pedro). "Emigró" a Capital en los 90 para desarrollarse como camarógrafo. Es fotógrafo y desde hace algunos años, escritor, su mayor pasión. *Para el lado de las islas* es su primer libro de cuentos.



CΛMOTE sabe que nace en un mundo nombrado, que cada palabra cuenta, que cada coma dice, que cada punto cierra una idea o la dispara. Sabe que hay un premio en la dificultad; que dentro del texto, todo; que fuera del texto, nada.

CΛMOTE adora los blancos, los finales sorpresivos, lo ambiguo, las pinceladas atrevidas, lo bueno y breve, los intersticios, la línea inesperada, las texturas y los elefantes blancos.

CΛMOTE banca los intentos, la búsqueda implacable de una imagen verdadera, los borradores, las tachaduras, el esfuerzo denodado para encontrar el tono justo, la palabra inequívoca, esa y no otra.

CΛMOTE fusiona el lenguaje, lo aglutina, lo amontona, lo aglomera, el ojo de la foto con el árbol que se dibuja, el árbol que se dibuja con la arcilla, la arcilla con el poema, el poema con el trazo, el trazo con el teatro, el teatro con la pintura.

CΛMOTE se maneja mejor en los márgenes, en las orillas, en los pjonales, en zonas donde abunda la maleza; busca la sombra de un árbol, un mate galleta, un amigo; busca en la tierra abierta lo que no se vende, lo que fue descartado, lo olvidado.

CΛMOTE arriesga. Saldrá a buscar otras sensibilidades, otras formas de mirar, otras voces que pretendan llegar al hueso, apretar el lápiz sobre el papel sin tabúes, colorear sin censuras. Dará abrigo a esas historias, les hará lugar en medio del pasto crecido y entonces, quizás, tendremos algo que decir. De eso dependerá su vida.

CΛMOTE



CΛMOTE